

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

¡VEN CONMIGO AL INFIERNO!

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

310 — No enterradme hasta morir, *Curtis Garland*.
311 — El archipiélago del horror, *Ralph Barby*.
312 — Las fauces del dragón, *Clark Carrados*.
313 — La muerte juega al ajedrez, *Joseph Berna*.
314 — Horror en los estudios Filmstar, *Curtis Garland*.

CLARK CARRADOS

¡VEN CONMIGO AL INFIERNO!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 315
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 2.231 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Llegó a casa y se despojó de los zapatos, lanzándolos sucesivamente al aire. Luego se quitó la chaqueta y la blusa. La falda siguió a continuación. Maud Colman quedó así vestida solamente con el sostén y las braguitas, prendas de las que se despojó en el baño, para meterse en la ducha sin vacilar. Sentíase exultante de satisfacción. Ciertos graves problemas que le habían afligido durante largos meses se habían resuelto definitivamente a su favor.

Hasta llegar a aquel punto, había recorrido un camino que en ocasiones le había parecido interminable. Ahora, al fin, después de tanto tiempo, se sentía completamente liberada. Todo había terminado ya y los causantes, de sus males habían ido a parar a la cárcel. Saldrían pronto; habían tenido un abogado muy hábil, pero eso no le importaba en absoluto. Al fin, y con toda la legalidad, se había demostrado de parte de quién estaba la razón y eso era lo que realmente interesaba.

El agua corría por el esbelto cuerpo, de líneas clásicas. La frialdad del líquido la relajó y estimuló a un tiempo. Momentos después, cerró los grifos y se secó con una gran toalla. El pelo quedó suelto una vez seco. Era de color rubio oscuro, con vetas que parecían oro puro en ocasiones. Casi llegaba a su cintura. Era uno de los rasgos físicos de que se sentía más orgullosa.

Luego se puso una bata corta, de amplias mangas. Atravesó la gran sala y llegó a la espaciosa terraza de que disponía su apartamento. A doce pisos sobre el suelo, con las manos apoyadas en la barandilla, Maud contempló satisfecha el paisaje. El edificio se hallaba en un paraje sumamente pintoresco, casi encima de una loma, desde la que se divisaba una vista excepcional. La ciudad, allá abajo, los bosques cercanos, el mar, a un par de kilómetros de distancia, el río que atravesaba el lado norte de la población y que iba a desembocar al océano... En aquellos momentos, Maud se sentía más contenta que nunca por haber tomado aquel apartamento.

Era cierto que formaba parte del bloque, pero estaba aislado y en el último piso. Nadie coartaría su intimidad, si ella no lo deseaba, ni tampoco tendría en la vecindad curiosos con prismáticos, que espiasen el menor de sus movimientos. A menos que ella lo desease, nadie podría penetrar en su apartamento.

Al cabo de unos minutos, abandonó la terraza. Entonces fue cuando vio el sobre, encima de una mesa.

Intrigada, se acercó, cogió el sobre, que no estaba cerrado, y extrajo de su interior una cuartilla plegada en cuatro dobleces. Una vez extendida, leyó un extraño mensaje:

¡PRONTO VENDRAS CONMIGO AL INFIERNO!

* * *

En el mismo edificio, uno de los inquilinos recibió una carta, que contenía algo muy extraño: cincuenta billetes de cien dólares. Pero no estaban completos.

Los billetes habían sido cortados aproximadamente por la mitad y ninguno de ellos tenía el corte igual. Una nota acompañaba al dinero:

Usted es un asesino profesional y el nombre que utiliza no es el suyo, pero no nos importa. Conocemos todos los detalles que se refieren a su personalidad, incluido el nombre auténtico. Si no quiere que avisemos a la policía, que sabemos le busca, deberá trasladarse a Harmon City. En la calle Wolsey vive un sujeto llamado Charly Riggs. Tiene unos 35 años y, posiblemente, se haya teñido el pelo de rubio, de modo que ahora será negro. Su estatura es de un metro setenta y ocho y el peso de unos sesenta y cinco kilos. Le falta, la falange del meñique izquierdo. Puesto que tiene dos semanas de tiempo, está en condiciones más que sobradas para estudiar sus costumbres, bastante metódicas por otra parte. El día 19 de este mes, antes de las doce de la noche, Riggs deberá estar muerto. Dejamos el procedimiento a su elección, pero tenga presente que el fallecimiento debe producirse exactamente en esa fecha.

Una vez tengamos noticias de que ha ejecutado nuestras instrucciones, recibirá el resto de los otros billetes. Hay una cosa que debe de tener en cuenta: la fidelidad. Nosotros también seremos fieles, si usted lo es y cumple exactamente lo que le pedimos.

Para su tranquilidad, le diremos que no se ha tomado nota de la numeración de estos billetes.

El inquilino se preguntó quién habría descubierto su verdadera personalidad. El sobre, aunque había llegado por correo ordinario, no traía ninguna indicación que pudiera darle una pista sobre la identidad del remitente. Pero una cosa era cierta: no se podía negar a cumplir el contrato que alguien había establecido unilateralmente.

Aunque teñía experiencia y, se dijo, acabaría descubriendo quién o quiénes eran las personas que deseaban la muerte de Charly Riggs.

* * *

El primer impulso de Maud fue romper el anónimo. Pero luego, al reparar en la forma en que había llegado a sus manos, se dijo que antes de destruirlo, debía hacer una cosa. Fue hacia el teléfono interior, levantó el aparato y presionó una tecla.

Una voz masculina contestó a los pocos instantes:

—El conserje al habla.

—Señor Tarrelton, soy Maud Colman. ¿Puede subir un momento?

—Por supuesto, señorita Maud; en seguida estoy con usted.

Maud dejó el aparato y buscó cigarrillos. Permaneció en pie, golpeando el suelo nerviosamente con la punta de su zapatilla, hasta que oyó la campanilla

de la puerta. Entonces, aplastó el cigarrillo en un cenicero y corrió a abrir.

—Señorita —dijo el conserje.

—Pase, señor Tarrelton, quiero enseñarle algo.

—Sí, señorita..., pero, por favor, llámeme Joe; me siento más a gusto.

Tarrelton era un hombre de unos cuarenta y cinco años, estatura mediana y pelo claro, que ya empezaba a faltar en la frente y la coronilla. Maud lo había conocido al trasladarse a su nueva residencia y sabía que era persona amable y muy servicial.

—Gracias, Joe. Vea esto; me lo he encontrado encima de la mesa. En un principio, no lo vi, porque fui al baño. Al salir...

Maud le entregó la cuartilla. La cara de Tarrelton expresó inequívocamente el asombro que le producía lo sucedido.

—Es indignante —exclamó—. ¿A quién se le habrá ocurrido una cosa semejante? Pero, me parece, no debiera tomarlo en consideración...

—Lo único que tomo en consideración es la forma en que ha llegado a mi apartamento

—dijo Maud resueltamente—. La puerta estaba cerrada con llave. Nadie sino usted o su esposa...

—¡Por Dios, señorita Maud! —Se sorprendió el conserje—. No irá a sospechar de nosotros, ¿verdad?

—Espere un momento, Joe. Lo que yo quise decir es que... Ciertamente, no sospecho de ustedes. Pero alguien entró en el apartamento, eso es indudable.

Tarrelton se mordió los labios.

—Aunque mi esposa y yo siempre estamos vigilando la entrada, nunca se puede ignorar la posibilidad de que algún extraño se cuele en el edificio.

—Pero, entrar aquí..., sin llave...

—Si me permite un consejo, señorita, haga cambiar la cerradura y ponga una de seguridad. Ahora, además, hay una cadena, pero sólo se puede poner cuando usted está dentro. En este mundo —añadió el conserje—, hay sujetos capaces de abrir cualquier puerta, por muy complicado que sea su sistema de cierre.

Maud contempló unos instantes el mensaje, escrito con grueso rotulador rojo.

—Quizá sea una broma de pésimo, gusto... Oiga, ¿no lo echarían por debajo de la puerta y su esposa, al hacer la limpieza, lo encontró en el suelo y lo dejó sobre la mesa?

—Es muy posible, señorita Maud —respondió Tarrelton—. Se lo preguntaré a ella.

—Dígamelo en seguida, Joe, por favor.

—No faltaría más. Si desea alguna otra cosa...

—Gracias, Joe.

El conserje se encaminó hacia la puerta. Antes de abrir se volvió y dirigió una sonrisa a la joven.

—Ah, lo había olvidado... Permítame que la felicite por el buen fin del

pleito. Maud contestó con una amable sonrisa. Tarrelton abrió y salió, dejándola sola. Unos minutos después, sonó el teléfono interior.

—Señorita Maud, mi esposa, en efecto, encontró el sobre en el suelo y lo puso encima de la mesa —informó el conserje—. Dice que vio a un desconocido entrar en el edificio, quien, posiblemente, es el que echó el anónimo por debajo de la puerta. Ella le preguntó adónde iba y el sujeto mencionó el nombre del señor Webster. Es otro de los inquilinos, ¿sabe?

—Muchas gracias, Joe —contestó la joven—. No cabe duda de que se trata de una broma de pésimo gusto. No se preocupen más por el asunto.

Maud se sentó luego en un diván y cruzó las piernas. Ella no podía cumplir en sí misma el consejo que había dado a los Tarrelton. Aquel anónimo, ¿era cosa de los que habían perdido el pleito y acabado en la cárcel?

Recordaba muy bien la amenaza de la pareja. El hombre había dicho, y la mujer, con los gestos y la mirada, había aprobado sus palabras: «Te haremos pagar caro esto que nos haces, prima Maud. Lo pagarás muy, muy caro, tenlo por seguro.»

Aquel siniestro mensaje, ¿era el principio de la venganza anunciada?

Había confiado demasiado tiempo en sus primos Lee y Dotty hasta que, de repente, había descubierto su carácter ruin y vengativo. Ahora ya sabía que eran gente odiosa, pero le había costado años enteros llegar al conocimiento de la verdad.

Estaba segura de que Lee y Dotty Ransome no le perdonarían jamás la derrota. Y, de pronto, la alegría de saberse sin ataduras, la satisfacción de saber que se había reconocido su perfecta salud en todos los aspectos, se convirtió en algo que sabía a cenizas muy amargas.

* * *

El teléfono, inesperadamente, sonó a medianoche.

Maud, adormilada, tardó un poco en darse cuenta de lo que sucedía. Al fin, terminó de despertarse y sacó el brazo fuera del embozo.

—Hola —dijo.

—¿Maud Colman? —preguntó alguien.

—Sí. ¿Qué quiere a estas horas...?

—Escucha bien, Maud. El camino hacia el infierno es largo y duro. Tú has iniciado ese camino... y un día vendrás conmigo a ese lugar donde sólo hay llanto y crujir de dientes.

Sonó un «click». Maud entendió que el anónimo comunicante había colgado el teléfono. Dejó el suyo sobre la horquilla y encendió la luz, para buscar cigarrillos.

Ahora estaba completamente desvelada. Y ni siquiera tenía un somnífero en casa, porque había habido un tiempo en que hizo un consumo excesivo de ellos y había tenido que padecer enormemente para quitarse el hábito. De todos modos, se dijo, aunque hubiese tenido sedantes, no habría tomado una

sola tableta. Prefería pasarse la noche en vela.

Buscaría un libro y se pondría a leer. Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer al día siguiente. Pero ¿quién se había propuesto molestarla con semejante clase de bromas?

¿Los Ransome?

Estaban en la cárcel, pero tenían amigos. ¿Habían encomendado a uno de ellos que la atormentasen con anónimos y llamadas amenazadoras?

Si la cosa proseguía, sería conveniente pensar en tomar medidas.

CAPITULO II

Cansado del trabajo de la jornada, Alex Corbett entró en su apartamento y, después de aflojarse el nudo de la corbata, se quitó la chaqueta, Entonces fue cuando reparó en la columnita de humo que salía del butacón que formaba parte del mobiliario.

—Has tardado mucho, Alex —dijo una voz femenina.

—¡Leda! —exclamó él—. Pero ¿qué diablos...?

La mujer se puso en pie. Era alta, muy rubia, de cuerpo lleno y sonrisa maliciosa. Aquel rostro, se dijo Corbett, se había convertido en algo familiar para los espectadores de la TV. A las siete y media de la tarde, todos los días, de lunes a viernes, Leda St. Vrain emitía, y presentaba personalmente, el programa que había dominado, con gran acierto, «Dicho al oído», y que no era más que una sucesión de chismes y rumores, aunque, generalmente, con visos de certidumbre en su inmensa mayoría. En el programa, además, había una entrevista con alguna persona que, por cualquier causa, había alcanzado cierta notoriedad.

La entrevista solía ser viva y chispeante, sobre todo, por parte de la presentadora. Aunque había muchos que se negaban, la gran mayoría, sin embargo, suspiraban por aparecer en la pantalla durante los breves minutos que duraba aquella parte del programa. Corbett sabía que Leda solía estar muy bien informada y que raramente fallaba o se equivocaba en sus noticias.

Ella se arrodilló en el sillón y apoyó los codos en el borde del respaldo.

—Tengo que hacerte una petición —dijo.

—Si puedo atenderla...

—Creo que sí, teniente Corbett. Ah, permíteme que te felicite por el ascenso. Lo he dicho hoy en mi programa; es algo que te merecías hace mucho tiempo. ¿No has visto el programa?

—Tenía trabajo —se excusó él, mientras empezaba a quitarse la funda sobaquera.

—Siempre trabajando, siempre trabajando... ¿Es que no piensas nunca en la diversión?

—¿Y tú?

Leda se echó a reír.

—También, pero, en ocasiones, pienso que la vida no es sólo trabajo y que conviene de cuando en cuando tomarse un rato de placer.

—No está mal pensado. ¿Nos tomamos una copa, preciosa?

—De acuerdo. ¿Cómo va el caso Stabler?

—Duro de pelar. Estamos casi como al principio. —Corbett llenó las copas, entregó una a Leda y levantó la suya—. Por tus éxitos en la «tele».

—Porque soluciones el caso Stabler —dijo ella—. Pero antes hay algo que puedes hacer en mi favor.

—¿Sí?

—Quiero entrevistar a Maud Colman.

Corbett apuró su copa, la dejó a un lado y buscó tabaco.

—¿Por qué no se lo pides a ella misma?

—Estoy cansada de decírselo. Siempre recibo la misma respuesta: no.

—Ah, ¿y tú piensas que a mí me dirá que sí?

—Eso creo, Alex.

—¿Qué te hace pensar que me dirá que sí, cuando a ti te ha dicho que no?

—Varias razones, Alex.

—Primera, por favor.

—Está libre de los Ransome gracias a ti.

—Sólo hice lo que cualquier otro hubiera hecho en mi lugar...

—No seas modesto. Nadie, sino tú, habría intervenido en el caso tan eficientemente y, sobre todo, con tan pocas posibilidades de éxito. Estaba declarada demente oficial, recuérdalo.

—Por un médico venal, que ha sido desposeído de su título y ahora está en la cárcel.

—Pero tú supiste encontrar el fallo en el plan de los Ransome y probar que Maud estaba mentalmente tan sana como cualquiera de nosotros —alegó la joven.

—Bueno, la cosa no resultó tan fácil como crees. Hubo que hacer muchas pesquisas...

—Otro cualquiera, habría dado el caso por cerrado, apenas se supo que ella estaba en la clínica psiquiátrica. Tú desenmascaraste al trío, a los primos y el médico, y conseguiste que esa pobre chica saliese a la calle completamente libre y, además, apartaste las pruebas necesarias para que los Ransome fuesen condenados.

Corbett entrecerró los ojos.

—Fue largo y costoso —murmuró—, pero, a veces, incluso yo mismo pienso si esa chica no tendría algo en la cabeza.

—¿Porque hizo donaciones de sumas enormes a centros benéficos?

—Las donaciones alcanzaron la cifra nada baja de cuatro millones de dólares, Leda.

—Lo sé. Sin embargo, Maud sostenía que ese dinero había sido conseguido ilícitamente y que le quemaba en las manos. Aunque estuviese en el Banco, como es lógico —rió la entrevistadora de TV.

—Son formas de pensar, claro. Maud, sin embargo, no tenía la culpa de lo que pudiera hacer su padre años atrás.

—Siempre hay gente escrupulosa, lo cual no deja de ser consolador. Pero los primos Ransome se aprovecharon de ello para conseguir una declaración de incapacidad y, encerrándola en el manicomio, consiguieron detener el derroche.

—Con lo que ellos, que no tenían el menor escrúpulo, entraban a saco en el resto de la fortuna. Pero la mala suerte para los primos fue que no pudieran tocar un solo centavo de los otros bienes de Maud.

—La herencia de su madre.

—Sí. El testamento estaba redactado de tal modo, que nadie pudiera tocar un solo centavo, cualesquiera que fuesen las circunstancias y las condiciones en que se encontrase la heredera.

—Y tú conseguiste desenmascarar a los primos y al médico venal. Por eso, estimo, ella accederá a tu petición. Te aprecia mucho y haría cualquier cosa por ti, Alex.

Corbett hizo una mueca.

—Lo intentaré, aunque no te garantizo el éxito —dijo.

—Inténtalo —sonrió Leda—. Cuando quieres, sabes ser muy persuasivo.

—Menos en ciertas ocasiones, hermosa.

—¿Cuándo?

Corbett dejó el cigarrillo en un cenicero, avanzó hacia la joven y puso sus manos en la cintura.

—Ahora, por ejemplo.

Leda echó la cabeza hacia atrás, pero, al mismo tiempo, los senos, rotundos, surgieron firmes y erguidos.

—¿De qué quieres persuadirme, teniente? —preguntó a media voz.

—¿Conoces la historia de Leda y Júpiter?

—Sí. Júpiter se transformó en cisne y así pudo poseer a la bella Leda. De esa unión nacieron los gemelos Castor y Pólux... Pero tú no eres ningún cisne...

Corbett se inclinó y apoyó los labios en el cálido hueco situado entre el cuello y el hombro de la presentadora.

—Leda, voy a ser tu Júpiter, pero con figura enteramente humana —murmuró con cálido acento.

Con la mano izquierda, buscó el cierre relámpago del vestido. Leda no protestó cuando notó el gesto del hombre.

* * *

Súbitamente, se oyeron pasos en el techo.

Los ojos de Maud se elevaron instintivamente. ¿Quién andaba a aquellas horas por encima de su apartamento?

Los pasos sonaban rítmicos, siempre iguales en el tiempo, aunque con distinta intensidad. Primero iban acercándose, sonaban con fuerza y luego se debilitaban hasta dejar casi de escucharse. Luego, quienquiera que fuese, volvía sobre sí mismo y reanudaba el paseo.

Toc, toc, toc...

Al cabo de unos minutos, cesó el ruido. Maud, con las manos crispadas sobre el embozo de la sábana, se dio cuenta de que estaba sudando.

Apagó la luz, pero de pronto notó que no podría dormir. Inquieta, se removió en la cama. Al cabo de un buen rato, encendió la luz de nuevo, se sentó en el lecho y buscó un cigarrillo.

Los pasos, se dijo, eran pura ilusión. Sobre su apartamento no había más que la terraza del edificio. El suelo era lo suficientemente grueso para que no pudieran percibirse ciertos sonidos. Ni siquiera se escuchaba la maquinaria de los dos ascensores que daban servicio a la casa.

Acongojada, se preguntó si tendría que volver a tomar sedantes. Pero no quería hacerlo. Los sedantes, aunque la liberasen de la realidad, la encadenarían de nuevo. No, aunque tuviese que pasarse las noches en vela, no volvería a tomar una sola tableta de somnífero.

El silencio había vuelto. Poco a poco, Maud sintió que volvía el sueño. Relajada, se extendió sobre el lecho y cerró los párpados.

* * *

—Soy el teniente Corbett —se presentó el visitante—. Por favor, llame a la señorita Colman y pregúntele si puede recibirme.

—Sí, señor, al momento —contestó Tarrelton.

El conserje usó el teléfono interior. Segundos más tarde, se volvía hacia el oficial.

—Puede subir, teniente —indicó—. Planta doce, apartamento A.

—Gracias.

El ascensor dejó a Corbett casi frente a la puerta del piso ocupado por la joven. En aquel momento, se abría la puerta y una mujer, con algunos útiles de limpieza en las manos, se disponía a salir.

—No se olvide de mi pedido, Bessie —sonó la voz de Maud.

—Descuide, señorita; mi esposo irá en seguida a buscarlo —contestó la señora Tarrelton.

Desde el umbral de la puerta, Maud sonrió.

—Hola, teniente.

—¿Cómo está, señorita Colman? —saludó Corbett.

Bessie Tarrelton se encaminó hacia el ascensor. Maud cerró 1a puerta, después de que el visitante hubo cruzado el umbral.

—Me alegro de verle —dijo la muchacha—. Y, por supuesto, también me alegro de su ascenso.

—Gracias, señorita... Oiga —exclamó él—, ¿sabe que tiene una vista magnífica? Maud sonrió complacida.

—Sí, es cierto —contestó—. El edificio me gustó desde el primer día. Lo prefiero a mi casa, aunque nadie más que yo viviera en ella y dispusiera de un amplio jardín. Pero aquí, aunque parezca un contrasentido, me encuentro más aislada.

—Indudablemente —convino Corbett.

—Perdone, teniente, pero no le he ofrecido nada... ¿Qué le apetece?

—Si tiene café...

—Claro.

Maud se alejó hacia el interior del apartamento. Corbett caminó lentamente

hasta la terraza y encendió un cigarrillo, recreándose con el espléndido panorama que se divisaba desde allí. Era una suerte tener dinero, se dijo; el alquiler del apartamento debía de costar un ojo de la cara.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas muy pronto.

—¿Teniente?

Corbett se volvió. Maud le pareció en aquel momento mucho más atractiva que los meses precedentes. Desaparecidos los motivos de su angustia, había vuelto a recobrar los colores. Incluso había ganado peso, calculó, lo cual aumentaba innegablemente sus atractivos.

—No esperaba su visita —dijo ella, después de llenar las tazas.

—A decir verdad, el motivo que me trae aquí es atender una petición que me han hecho —manifestó Corbett—. Quise negarme en un principio, pero ella insistió tanto que no me ha quedado otro remedio que venir a verla.

—¿Ella? ¿De quién está hablando? —se extrañó Maud.

—Quizá la ha visto en la televisión en el programa de Leda St. Vrain.

Maud apretó los labios,

—Un par de veces —contestó—. No soy muy aficionada a la televisión y, en cuanto a la calidad del programa, me reservo mi opinión.

—Está en su derecho —admitió Corbett—. Sin embargo, Leda es una buena amiga y le debo varios favores.

—Confidencias que le han ayudado, sin duda, en su labor policial. Corbett emitió una sonrisa de circunstancias.

—Lo siento, no puedo decir nada al respecto —contestó.

—Me lo imagino. Bien, ¿qué es lo que quiere Leda St. Vrain?

—Desea hacerle una entrevista en su programa. Ella piensa que si yo se lo pido, usted accederá.

—Teniente, sospecho que su amiga se ha equivocado. O ha calculado mal, como prefiera —dijo Maud con voz tensa—. En modo alguno quiero aparecer en ese u otro programa de televisión. Para decirlo con absoluta franqueza, no quiero publicidad.

Corbett apuró su taza de café.

—Me lo temía —dijo—. Pero no se lo reprocho. Al contrario, la felicito.

—No me diga —se extrañó la joven—. Creí que insistiría...

—«Dicho al oído» no me gusta nada en absoluto. Maud se echó a reír.

—No está bien que hable así de una buena amiga —exclamó.

—Se lo he dicho a ella en más de una ocasión y no precisamente al oído — contestó Corbett jovialmente—. Bien, por lo menos, volveré con la conciencia tranquila.

—No, no quiero publicidad —murmuró la joven, repentinamente seria—. Bastante he padecido durante estos dos años últimos. Quiero vivir ahora tranquila, sin problemas, sin...

Se interrumpió de pronto. ¿Por qué no le contaba al teniente las cosas que le habían sucedido en los últimos días?

Decidió que no tenía ninguna importancia y volvió a sonreír.

—¿Más café, teniente? Corbett se puso en pie.

—Es suficiente, muchas gracias —contestó. Maud le acompañó hasta la puerta.

—De todos modos, venga a verme siempre que quiera, teniente. En esta casa, la puerta estará siempre abierta para usted —declaró sinceramente.

CAPITULO III

De repente, en el silencio de la noche, estalló una música vibrante, fuerte, de rápidos sones, una melodía extraña, mezcla de marcha militar y «rock» duro y agresivo. Maud, terriblemente sobresaltada, encendió las luces y se sentó en la cama.

La música seguía sonando. Se preguntó si se habría dejado encendida la radio. Podía ser, pero, en todo caso, no con el volumen tan alto.

Algo más tranquilizada, pensó que la música procedía de alguno de los apartamentos del edificio. Era otra posibilidad que debía descartar; la insonorización era perfecta y si la música salía a través de alguna ventana de las plantas inferiores, su volumen sería mucho peor. Se notaría claramente.

Luego pensó en el otro apartamento de la misma planta. Sin embargo, días antes lo había comentado con Joe, el conserje, estaba desocupado. El alto precio del alquiler mensual retraía a las personas a quienes agradaría residir en la South Hill Tower, que era el nombre del edificio.

Resuelta a reparar el error cometido sin duda al quedarse dormida, echó a un lado la ropa de la cama, metió los pies en las zapatillas, se puso la bata y se dirigió al gran salón del apartamento. Apenas había cruzado el umbral de la puerta, cesó la música.

Durante unos segundos, Maud, con ojos incrédulos, contempló el mueble lujoso en el que había tocadiscos, radio, grabadora y TV, ésta con reproductora de video y sonido. Todo parecía apagado, pero, para mayor seguridad, avanzó unos cuantos pasos más y examinó los controles.

Todo estaba desconectado, lo comprobó una y otra vez. No, no se había dejado encendida la radio, pero, entonces, ¿qué había hecho sonar la música?

Estaba segura de que la melodía se había oído en el salón. Y, sin embargo, no había ningún aparato en funcionamiento.

Regresó a la cama. Durante largo rato esperó sentada, abrazada a las rodillas. Luego, poco a poco, sintió que volvía el sueño, se tendió relajadoramente y apagó la luz.

* * *

Los días que siguieron fueron para Maud de absoluta tranquilidad. Los vagos temores que la habían asaltado se desvanecieron lentamente. No había llamadas telefónicas ni la radio se encendía sola a altas horas de la noche. El tiempo era excelente y fue unos cuantos días a la playa, en donde su piel perdió la palidez característica de los últimos tiempos y su aspecto físico mejoró considerablemente. La playa era larga, extensa, de fina arena y ello le permitía también dar largos paseos, descalza, sintiendo en los pies las caricias de las olas. Sábados y domingos, naturalmente, evitaba las aglomeraciones humanas y permanecía sin salir apenas de su apartamento.

Cierto día, cuando ya se disponía a retirarse, vio a un hombre que la miraba a través de unos prismáticos. Disgustada, se puso el vestido rápidamente. A los pocos momentos, vio que el sujeto avanzaba hacia ella.

En los primeros momentos llegó a creer que el hombre intentase algo nada honesto. Pero no tardó mucho en reconocerlo y ello le produjo una intensa sensación de alivio.

Con la sonrisa en los labios, el teniente Corbett avanzó hacia la joven.

—Seguro que habrá echado pestes de mí —dijo, a la vez que le tendía la mano.

—Bien, imagino que a un hombre no deben disgustarle ciertos espectáculos, aunque la protagonista lo sea de una forma involuntaria —contestó Maud.

—Es cierto que la he visto unos momentos a través de los prismáticos. —Ahora, Corbett los llevaba en la funda, pendientes del hombro por la correa —. Pero no era usted el objeto de mi atención.

—¿Anda persiguiendo a alguien? Corbett sonrió.

—Me he pasado aquí la mayor parte del día y no ha sucedido nada, por desgracia. No siempre las informaciones recibidas son exactas. Dos tipos sospechosos debían reunirse por estos parajes, desde luego, bastante más lejos de donde estaba usted, pero no han hecho acto de presencia durante todo el día. Es de suponer que no vengan ya.

—Siento su fracaso, teniente.

—Otro día será —contestó él filosóficamente—. Oiga, ¿sabe que está cambiadísima? Francamente, la encuentro guapa de veras.

Maud se ruborizó.

—Gracias, aunque creo que exagera —contestó. Se preguntó si debía comunicarle lo que le había sucedido días atrás, pero decidió finalmente que no tenía importancia—. En todo caso, la mejoría ha sido psíquica, sobre todo, porque ya no tengo problemas, usted sabe a qué me refiero.

—Por supuesto —asintió Corbett—, Habrá venido en su coche, me imagino.

—Sí, lo tengo estacionado en las inmediaciones de la carretera. Corbett vaciló un instante.

—Señorita Colman —dijo por fin—, si no fuese demasiado atrevimiento por mi parte... ¿Tiene algún compromiso para la cena de esta noche?

—Pues, no, ninguno —sonrió la muchacha—. Está proponiéndome que cenemos juntos, sin duda.

—Conozco un restaurante discreto y pequeño, donde se preparan unos platos exquisitos. ¿Qué le parece?

—Acepto encantada, teniente.

—Gracias, ¿vamos?

Poco después, Maud observó que un hombre salía al encuentro del policía. Corbett se paró, habló con el sujeto y luego le entregó los prismáticos.

—Es el sargento Hassel —dijo al reunirse con la joven—. El estaba

vigilando la playa desde otro sitio. Hassel se llevará el coche, si me permite viajar en el suyo.

—Desde luego. Oiga, teniente... ¿Qué dijo su amiga de la entrevista de televisión?

—No se preocupe; Leda St. Vrain está acostumbrada a recibir negativas.

La velada resultó muy agradable. Maud regresó a su casa pasadas las diez de la noche. Corbett fue con ella. Entonces, Maud le preguntó cómo se las iba a arreglar para regresar a la ciudad, si había viajado con su coche.

—Hay un patrullero cerca. Les diré que pidan por radio un taxi —contestó él, a la vez que le tendía la mano.

El contacto masculino hizo que Maud se sintiese mucho más confortada. Ya se había olvidado de todas las cosas que le habían sucedido los días anteriores.

* * *

Antes de ir a la cama, se dio un largo baño de espuma. Después de secarse, se puso el camisón. Descalza, caminó lentamente hacia la terraza. La luna, casi llena, parecía colgada sobre el mar, que relucía como miles de hojas de plata. Hasta la terraza llegaba el perfume de los pinos de los montes cercanos.

De repente, se detuvo como herida por un rayo.

En el suelo de la terraza había un sobre blanco. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, contemplando el sobre con ojos morbosamente fijos. Presentía una nueva amenaza... ¿De quién? ¿Por qué?

Muy despacio, se agachó y cogió el sobre. En el interior, había una cuartilla escrita, al igual que la primera, con rotulador grueso de color rojo:

> EL CAMINO QUE LLEVA AL INFIERNO ES LARGO Y DURO. HOY LO HA RECORRIDO CHARLY RIGGS. YA HA LLEGADO A SU DESTINO. ¿CUANDO ME ACOMPAÑARAS TU AL INFIERNO?

Maud leyó la carta y creyó que iba a desmayarse. Pero, haciendo un gran esfuerzo, consiguió sobreponerse.

Consultó la hora. Iban a dar las doce de la noche. ¿Estaría ya Corbett acostado? Finalmente, decidió que le llamaría por la mañana.

* * *

El coche se detuvo ante la casa, de una sola planta y rodeada por un pequeño jardín. Charly Riggs se apeó y encendió un cigarrillo. Sus facciones quedaron iluminadas durante un instante por la llama del encendedor.

De repente, dio un pequeño salto. El cigarrillo se desprendió de sus labios y el encendedor cayó al suelo. Un hilillo rojo empezó a deslizarse por el caballete de su nariz. Procedía del agujero que había surgido repentinamente

en su frente.

Riggs estuvo en pie durante unos segundos. Luego, bruscamente, se le doblaron las rodillas y cayó al suelo.

Nadie había oído el disparo. Lo había impedido el silenciador de la pistola empleada por el asesino.

Con gesto preocupado, Corbett leyó la singular misiva que le había entregado la muchacha. Luego escuchó con gran atención el relato de Maud.

—De modo que no es el primer anónimo que recibe —dijo.

—No, Rompí el otro, porque creí que se trataría de una broma de mal gusto. Pero luego me llamaron por teléfono...

—¿Hombre o mujer?

—Hombre, teniente.

—Muy bien, siga, por favor.

—Ya lo sabe todo. Sin embargo, lo que más me extraña es que la radio sonase inesperadamente, pasada la media noche. No comprendo qué pudo suceder.

—¿Cree que tiene alguna relación con lo que le ha pasado?

—No lo sé. Se lo he contado, porque pensé que podía interesarle...

Corbett asintió.

—Al menos, esta vez ha guardado el anónimo —dijo—. Me ocuparé de que localicen al autor.

—¿Cree que podrá conseguirlo?

—No me gusta ser presumido, pero pocos autores anónimos escapan. Tal vez es cosa de los Ransome. Aún deben sentirse muy resentidos con usted.

—Yo debería sentir rencor hacia ellos. Si no hubiese contado con la herencia de mi madre, ahora estaría en la calle.

—Eso es muy cierto. Hablaré con el conserje, ya que, según dice, fue su esposa la que encontró el otro anónimo, que alguien había lanzado por debajo de la puerta. Pero no conozco a ese tal Riggs, aunque el nombre me suene de algo...

En aquel momento, sonó el timbre. Corbett se separó de la muchacha.

—Yo abriré —dijo. Era el sargento Hassel.

—Tengo noticias, señor —informó el policía—. Creo que le interesará saber que Charly Riggs fue asesinado anoche, poco antes de las doce.

—Ya lo sabía, sargento.

—¿Cómo? —se asombró Hassel.

—Por favor, dígame quién es Riggs. Yo no lo sé, aunque el nombre me parece...

—Era uno de los sospechosos al asalto del furgón blindado de la Wallabee Express, señor. Se llevaron ochocientos mil dólares. Fue un asunto que hizo mucho ruido...

Corbett chasqueó los dedos.

—¡Ahora lo recuerdo! Pero ese asalto no sucedió aquí, Hassel.

—No, señor; se produjo a poca distancia de Los Angeles. Los atracadores

no han podido ser encontrados desde entonces, aunque se dieron los nombres de varios sospechosos.

—No entiendo —dijo Maud—. ¿Qué tengo yo que ver con un pistolero al que no he visto jamás en mi vida?

—Eso es lo que me gustaría saber también a mí, señorita Colman —respondió Corbett. Se volvió hacia el sargento—. Hassel, anoche, a las doce menos unos minutos, ella encontró un mensaje en el que se anunciaba la muerte de Riggs.

—¡Demonios! —Hassel se tapó la boca con la mano—. Oh, perdone, señorita...

—No se preocupe —dijo Maud, sonriendo amargamente—. Esa exclamación concuerda perfectamente con el contenido del mensaje.

Corbett entregó el anónimo a su ayudante. Perplejo, Hassel se rascó la cabeza con la mano libre.

—¡Que me aspen si lo entiendo! —exclamó.

Corbett recobró la cuartilla.

—Lo mismo me sucede a mí. —Miró a la muchacha—. Señorita Colman, en cuanto vea u oiga algo sospechoso, llámeme, sea a la hora que sea. ¿Está claro?

—Descuide, teniente.

—Hassel, ahora vamos usted y yo a hablar con el conserje y su esposa.

—Sí, señor.

Unos minutos después, volvieron a llamar a la puerta. Era Bessie Tarrelton, armada con los útiles de limpieza.

—Me he enterado que le han enviado un nuevo anónimo, señorita —dijo.

—Así es —confirmó Maud.

—No se preocupe; debe de ser cosa de algún tipo con ganas de broma. Aunque, eso sí, es una broma de muy mal gusto. ¿Le molesta que empiece a limpiar el apartamento?

—No se preocupe por mí y actúe como de costumbre, Bessie —respondió la muchacha.

CAPITULO IV

El inquilino que vivía en uno de los apartamentos de la South Hill Tower recibió pocos días después una carta, en la que encontró un mensaje y el resto de los cincuenta billetes de cien dólares.

El mensaje decía:

Actuó como esperábamos y cumplimos nuestra palabra. Muy pronto le haremos otro encargo. Esté preparado para trabajar en el momento en que se le indique. Por el mismo precio, naturalmente.

Durante el resto del día, el asesino se dedicó a unir las distintas mitades de los billetes, hasta que quedaron completos. Mientras trabajaba pacientemente, se preguntó quién habría podido averiguar su identidad, tan bien oculta hasta aquellos momentos.

¿Debía quedarse o abandonar la población?, dudó.

Pero si cada vez que le hacían un «encargo» le iban a pagar cinco mil dólares...

* * *

El teléfono sonó estridentemente. Maud lo contempló con fijeza durante algunos segundos.

Alargó la mano, pero la retiró antes de tocarlo siquiera. No, no contestaría a la llamada. ¿Y si era el teniente Corbett?

Al fin, se decidió y levantó el aparato. Una risa burlona sonó inmediatamente en sus oídos.

—¿Tenías miedo de oírme? —Dijo la voz—. Sí, claro... El camino hasta el infierno es tan largo... Pero tú ya lo estás siguiendo... ¡y llegarás al infierno! ¡Conmigo!

La comunicación se cortó inmediatamente. Maud dejó el teléfono en la horquilla.

Eran las diez y media de la noche. Tras unos segundos de vacilación, volvió a levantar el teléfono y marcó un número.

—Voy ahora mismo —anunció Corbett.

Maud encendió un cigarrillo y empezó a pasearse por la sala, terriblemente nerviosa. ¿Quién quería asustarla y por qué?

¿Qué le había hecho ella al desconocido? ¿Era una venganza de Lee y Dotty Ransome? De repente, se paró en seco.

Sonaban pasos por encima de su cabeza. Lentos, rítmicos, pesados..., acercándose gradualmente hasta alcanzar el máximo volumen y alejándose poco a poco, para regresar de nuevo. Cuando más fuertes sonaban, parecía como si el individuo estuviese directamente sobre su cabeza.

Toc, toc, toc...

De súbito, la radio se encendió.

Maud se volvió, con los ojos desorbitados, contemplando el mueble helada de horror.

¿De dónde salía aquella música tan horrible?

A cada segundo que transcurría, le parecía que los sonidos musicales iban a traspasarle la cabeza de lado a lado. Incapaz de resistir aquello, se tapó los oídos con las manos, a la vez que lanzaba un grito estentóreo.

—¡Basta, basta...!

La música cesó tan rápidamente como había sonado. Pero Maud continuó todavía un buen rato en la misma posición.

De pronto, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Maud! ¡Abra, soy Corbett! —gritó alguien en el corredor.

La joven cruzó la sala inmediatamente. Corbett se asustó al verla pálida y desencajada. Ella no pudo contenerse y se arrojó en sus brazos.

—Los pasos... sonaban arriba... —dijo con voz entrecortada—. Luego la radio se encendió sola..., como la otra noche...

Corbett la sostuvo hasta el diván más próximo. Luego buscó y puso brandy en una copa.

—Beba —aconsejó.

—Ha sido horrible... Yo oía aquellos pasos... Luego la música...

—Tranquilícese —dijo Corbett—. Ya estoy aquí, no le va a suceder nada.

—Y el hombre llamó por teléfono... Dijo cosas horribles del infierno.

Al cabo de unos momentos, Corbett consiguió que la muchacha se calmase un tanto.

—No le pasará nada —aseguró—. Pero tiene que conservar la serenidad. Hay alguien que se divierte atormentándola, no le quepa la menor duda. ¿Por qué? Ya lo averiguaremos, descuide. Mañana mismo iré a visitar a los Ransome al presidio. La condena impuesta fue de uno a cinco años. Si me entero de que uno de ellos, o los dos, han contratado a alguien para atormentarla de esta manera, hablaré con la junta de libertad provisional para que cumplan íntegra su condena.

—¿Cree... que han podido ser mis primos?

—Sí, seguro. Para ellos, la cárcel debe de ser un infierno. Por eso emplean la palabra en sus amenazas.

—Sí, pero, ¿qué me dice de los pasos que suenan arriba? ¿Y la radio que se enciende sola?

En aquel instante, llamaron a la puerta, Corbett se levantó y abrió. Era Tarrelton, el conserje.

—¿Puedo serle útil, señorita? —se ofreció cortésmente.

—No, gracias, Joe —contestó Corbett—. Estoy yo... ¡Aguarde! —-exclamó de pronto— Usted, como conserje de este edificio, ¿sabe cómo llegar a la terraza?

—Por supuesto, teniente. Le acompañaré si lo desea..., aunque en estos momentos no tengo la llave a mano.

—Hable con su esposa y pídale que la traiga, por favor. Ah, una linterna

también, si me hace el favor.

—Estoy a su disposición, teniente. Corbett se volvió hacia la muchacha.

—La señora Tarrelton se quedará con usted mientras Joe y yo revisamos la terraza — dijo.

Maud asintió, casi completamente tranquilizada. Bessie apareció a los pocos minutos y dijo que se quedaría con mucho gusto en el apartamento.

—No sé quién ha podido ser el que ha subido a la terraza —dijo el conserje—. Esta puerta, sin llave, no es fácil de abrir...

De pronto lanzó una exclamación:

—¡Está abierta!

—No toque nada —dijo Corbett, a la vez que sacaba un pañuelo, para tirar de la manija, ya que la puerta se abría hacia dentro—. Mañana enviaré un equipo de huellas.

—Sí, señor, como usted ordene.

Media hora más tarde, los dos hombres volvían al apartamento.

—El hombre que paseaba por la terraza se ha marchado —anunció Corbett. Sonrió—. Nos ha dado el esquinazo bonitamente, pero acabaremos por encontrarle, no se preocupe.

—Desearía pedirle un favor, Alex —dijo la muchacha.

—Desde luego.

—Yo... Bien, ¿por qué no me envía un técnico para que examine el mueble donde tengo la radio?

—Vendrá mañana por la mañana —aseguró Corbett—. Ahora, me gustaría que se echase a dormir...

—Yo puedo quedarme con ella —se ofreció Bessie. Corbett miró al conserje. Tarrelton exclamó:

—No faltaría más. Mi mujer lo hará con mucho gusto.

—Sí, pero antes quiero darle un consejo... ¿Me permite, Maud? La muchacha asintió. Bessie siguió al policía hasta la puerta.

—Su esposo y yo hemos pisado con fuerza por la terraza —dijo Corbett a media voz—, ¿Ha oído algo, señora Tarrelton?

—No —contestó Bessie—. Absolutamente nada.

—Está bien. Vuelva junto a la señorita y dígale que yo le he aconsejado a usted que le prepare un poco de café con unas gotas de brandy. Es un buen somnífero, se lo aseguro.

Bessie sonrió.

—Váyase tranquilo, teniente.

Mientras descendía en el ascensor, junto con el conserje, Corbett se preguntó si el internamiento de Maud en el manicomio meses antes no había sido algo justificado.

* * *

Por la mañana, Corbett llamó a la muchacha.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor. La receta que le dio a Bessie dio buen resultado —contestó Maud.

—No sabe cuánto me alegro. Ah, ¿ha ido el técnico?

—Sí. Está trabajando en los aparatos...

—Dígale que me informe cuando haya terminado.

—De acuerdo.

—Y no tema ni se preocupe; todo es, una broma de mal gusto. Corbett dejó el teléfono en su sitio. Hassel entró en aquel momento.

—El anónimo no es una pista aprovechable, teniente.

—¿No han sacado nada en limpio?

—Papel corriente, rotulador corriente..., no hay huellas dactilares y sólo hemos podido encontrar lo que, benévolamente, podría calificarse de ligerísima pista.

—Menos es nada —sonrió Corbett—. ¿De qué se trata?

—El autor del anónimo hizo un borrador previo sobre el misino papel, con lápiz, procurando no apretar, a fin de no causar marcas. Escribió muy suavemente y, de ese modo, pudo trazar las letras del mensaje con perfecta regularidad, evitando rasgos que pudieran delatar por la escritura.

—Un tipo listo, no cabe duda —dijo el oficial pensativamente—. Pero si eso es una realidad, en cambio hay cosas que, me parece, sólo están en la imaginación de Maud. Esos pasos en la terraza... La puerta estaba abierta, desde luego, pero también pudo tratarse de un descuido del conserje. Y la radio que se enciende sola por la noche...

—Quizá esa chica esté aún bajo el influjo de los meses que f>asó en la clínica psiquiátrica. A veces, uno entra sano en uno de esos sitios y sale loco.

Corbett hizo una mueca.

—En mi opinión, es una mujer hipersensible y se excita por cualquier cosa —dijo.

—Oh, mi mujer también era muy hipersensible, teniente —contestó el sargento.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se... curó?

—Bueno, se casó conmigo y tenemos cinco hijos. Eso cura todos los otros problemas — dijo Hassel riendo desaforadamente.

—Sí, tal vez a Maud le conviniera casarse —murmuró Corbett—. ¿Algo sobre Riggs?

—Nada, teniente. Me he puesto en contacto con la policía de Harmon City y no saben absolutamente nada. Nadie vio ni oyó al asesino... El jefe de la policía ha dicho que entre sus hombres se comenta que a Riggs lo mató el hombre invisible.

—Por lo visto, es un asesino profesional de lo mejorcito en su género. Habrá que dar un repaso a nuestras listas, Hassel.

—Sí, señor.

Corbett echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Yo marcho —dijo—. Tengo que visitar dos prisiones, una de hombres y otra de mujeres. Quiero hablar con los Ransome. Esa pareja nunca me gustó, créame.

—Parecían cuervos —rezongó el sargento.

—Al menos, lo fueron durante una temporada —contestó Corbett, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

Mientras conducía su coche, volvió a pensar en Maud. Algunas de las cosas que había asegurado escuchar podían ser producto de su imaginación. Pero otras eran absolutamente reales, como el anónimo recibido.

¿Quién lo había dejado en la terraza?

De pronto se le ocurrió una idea. Descolgó el micrófono y pidió que le pusieran en comunicación con Hassel. El sargento respondió a los pocos momentos.

—Tengo que pedirle algo —manifestó Corbett—. Haga que examinen a fondo el sobre que contenía el anónimo. Su autor pudo descolgarlo desde la terraza superior por medio de una cuerda y unas pinzas.

—Sí, en tal caso, las pinzas habrían dejado marcas —convino Hassel.

—Téngalo todo preparado para mi regreso.

—Bien, señor.

* * *

El asesino recibió a los pocos días otra carta. Había la mitad de otros cincuenta billetes, cortados en forma análoga a los anteriores y un nombre y una dirección.

El nombre de la victima siguiente era Bennie Fark. Debía morir el día 13, antes de las doce de la noche.

Inmediatamente, el asesino empezó a estudiar las costumbres de Bennie Fark.

CAPITULO V

Hasta entonces, todos los esfuerzos realizados habían resultado absolutamente infructuosos.

Los Ransome habían negado tajantemente cualquier participación en el caso. La hermana, sin embargo, había palmoteado alegremente al conocer lo que le sucedía a Maud.

—Allí es donde debe estar esa chiflada...

Pero no había la menor prueba de que los primos de Maud quisieran vengarse de una forma tan refinada de la muchacha. El único resultado positivo obtenido era la forma en que el segundo anónimo había llegado a la terraza de Maud. Sí, había sido descolgado por medio de un cordel, que sujetaba unas pinzas, que podían aflojarse por medio de un segundo cordel. En cuanto a la radio, no había en ella el menor desperfecto. Su funcionamiento era tan bueno como el día de su adquisición. Nadie había introducido en ella un aparato de control remoto. Para Corbett no había duda: la mente sobreexcitada de Maud, a causa de los anónimos y las llamadas telefónicas, la hacían oír los sonidos que sólo ella podía percibir.

Aquella noche habían salido juntos. Corbett entendía que a la muchacha le convenía algo un poco de distracción y habían cenado juntos. Después, habían asistido a una función de teatro, y cerca de la medianoche regresaban a la South Hill Tower.

Había otro conserje en aquellos momentos y les saludó cortésmente, acompañándolos hasta el ascensor. Maud había invitado a Corbett a que tomase una copa en su apartamento, invitación que él había aceptado sin hacerse de rogar por segunda vez. Una vez en el interior de la casa, Maud dejó a un lado la estola de piel con que se había cubierto los hombros y se encaminó al frigorífico, a fin de traer unos cubitos de hielo.

Corbett se acercó a la terraza, a fin de contemplar el esplendente panorama de la ciudad, brillantemente iluminada. No había luna y apenas si se divisaba algún reflejo de otras luces en el océano. De pronto, oyó la voz de la joven, que sonaba en tonos de alarma:

—¡Alex, venga!

Corbett dio media vuelta y corrió a la cocina. Al llegar allí, vio a Maud junto al frigorífico, que tenía la puerta abierta, señalando algo con la mano.

Los ojos del joven captaron de inmediato la imagen del sobre blanco.

—No lo toque —dijo—. Traiga sus pinzas de depilar, por favor.

—Está bien.

Corbett buscó las pinzas de servir el hielo y sacó el sobre del frigorífico, cuya puerta cerró con un empujón del hombro. Volvió a la sala. Maud llegaba ya con unas pinzas de tocador.

Sujetando el sobre con las primeras, Corbett utilizó las segundas para extraer el mensaje de su interior. Luego empleó los dos pares de pinzas para

desplegar la cuartilla, que sujetó extendida por aquel procedimiento.

En el papel había escrito un mensaje, de forma y contenido análogo al último recibido por la muchacha:

> ¡QUE LARGO Y DURO ES EL CAMINO HASTA EL INFIERNO! PERO BENNIE FARK LO HA RECORRIDO YA. A ESTAS HORAS, HA LLEGADO AL FINAL DE SU RUTA.
> ¡LA MISMA QUE UN DIA SEGUIRAS, CONMIGO!

El rostro de Maud ofrecía una expresión sombría.

—Otro asesinato con el que no tengo que ver en absoluto —dijo. Corbett se acarició el mentón.

—Fark es otro de los sospechosos del asalto a la Wallabee Express —murmuró—. A raíz del golpe, desaparecieron todos los miembros del grupo, lo mismo que los ochocientos mil dólares que transportaba el furgón blindado.

—¿Pudieron asaltar el furgón blindado? —se sorprendió Maud.

—Emplearon generosamente la dinamita. Murieron tos dos empleados —contestó él—. Maud, ¿ha abierto usted la nevera antes de las siete?

;—Sí, tenía sed y tomé un poco de agua fría. Pero entonces no había ningún sobre, lo recuerdo perfectamente.

—Lo cual significa que el sobre ha sido colocado después de su marcha... Maud, haga el favor de llamar al conserje nocturno y pedirle la llave del otro apartamento de esta planta.

—Está bien, Alex. Pero quizá él no la tenga...

—¿Tarrelton?

—Sí, seguro.

—Bueno, que lo despierte si es preciso.

—De acuerdo.

Después de hablar con el conserje, Maud regresó junto a Corbett.

—¿Cree que el autor del anónimo puede estar en el otro apartamento? —preguntó.

—Por supuesto que no, pero quizá encontremos algún rastro... Pudo haberse escondido allí y aguardar la ocasión propicia.

—¿Sin disponer de una llave?

En aquel momento, Corbett recordó la puerta que conducía a la terraza superior, abierta la noche en que la había explorado junto con Tarrelton. Obedeciendo a una repentina inspiración, se puso en pie y salió del apartamento.

La puerta del otro estaba cerrada con llave. Regresó junto a la muchacha.

—No encontraremos nada, pero conviene echarle un vistazo..—Corbett movió la cabeza—. No se puede decir que la vigilancia del conserje sea muy efectiva; cualquiera puede entrar en el edificio, no importa la hora que sea.

—¿Y si fuese uno de los inquilinos? Hubo un instante de silencio.

—Debería habérseme ocurrido esa posibilidad —dijo, disgustado consigo mismo—. Son doce plantas...

—Y cuatro apartamentos por planta, menos ésta, que sólo hay dos —informó.

—Entonces, son cuarenta y cuatro inquilinos...

—Hay algunos apartamentos por alquilar todavía.

Los dedos de Corbett tabalearon sobre la mesa. Una vez más, se preguntó qué relación podría tener Maud con el asalto a la Wallabee Express.

¿Acaso querían culparla de las muertes de los sospechosos de haber tomado parte en el atraco?

Parecía absurdo y, sin embargo, y aunque ella lo ignorase, forzosamente debía de tener alguna relación con el suceso.

—¿Conocía usted a Fark y a Riggs? —preguntó.

—¡No! —Respondió Maud con voz firme—. Jamás había oído nombrar a esos sujetos, hasta recibir los anónimos que los mencionan. Pero ¿qué tengo que ver yo con esos forajidos?

—Eso es lo que me gustaría saber.

—¡Cómo! ¿Sospecha de mí? —se indignó la joven.

—Oh, no, por favor, no tergiverse mis palabras. Yo la considero absolutamente inocente de ese atraco... pero hay alguien que opina lo contrario. Muchas otras personas conocieron a esos dos sujetos y, sin embargo, observan una conducta irreprochable.

—Ah, ya entiendo...

En aquel momento, llamaron a la puerta. Era Tarrelton, en pijama y bata de dormir.

—Marty me dijo que querían ver el apartamento contiguo —manifestó.

—Sí, lo vamos a explorar usted y yo. Avanzó unos pasos y se detuvo un instante.

—Ah, Joe; mañana enviaré al sargento Hassel. Tenga preparada la lista de todos los inquilinos del edificio, con indicación del apartamento que ocupan. Por supuesto, eso es algo reservado y no debe comentarlo con nadie...

—Descuide, teniente.

Antes de salir, Corbett consultó la hora.

Eran las doce y veinte minutos de la noche. Bennie Fark, si la amenaza del anónimo era cierta, ya tenía que haber muerto..., ¿dónde?

* * *

El hombre empezó a pasearse por la terraza. Maud miró a lo alto.

¿Quién era? ¿Por qué hacía aquello?

Lentamente, su sistema nervioso se puso en tensión.

Toc, toc, toc...

Una vez se detuvo el hombre encima de ella. Pareció como si se tomase un respiro en su paseo, pero lo reanudó a los pocos segundos.

Toc, toc, toc...

Corbett y el conserje seguían en el otro apartamento. Maud hizo un esfuerzo y contuvo los deseos que sentía de correr en su busca. Pero, de pronto, se le ocurrió otra idea y salió del apartamento, encaminándose velozmente hacia la puerta que conducía a la terraza.

Forcejeó con la manija. Era inútil. Estaba cerrada con llave.

Miró con ojos agónicos hacia el techo. Aunque muy atenuado, el rumor de los pasos seguía llegando hasta sus oídos. Arrastrando los pies, llegó de nuevo a la sala.

Entonces estalló el teléfono.

El timbre sonó una y otra vez. Maud no tocó el aparato.

El teléfono calló al cabo de pocos momentos. Desmadejada, se derrumbó en el diván. No, no diría nada a Corbett o creería que, efectivamente, estaba loca. Había permanecido una larga temporada interna en una clínica psiquiátrica. Muchos pensarían que su estancia no estaba del todo justificada. Lo mejor era callar.

* * *

Corbett lanzó sobre la mesa el anónimo encontrado la víspera en casa de Maud.

—¿Otro? —dijo el sargento Hassel.

—Apostaría algo a que no encontramos una sola huella dactilar, pero, no obstante, conviene que lo examinen.

—Sí, señor.

—Ha muerto otro de los sospechosos del asalto del furgón blindado.

—¡Jesús! —resopló Hassel.

Corbett se sentó al otro lado de la mesa.

—Sargento, ahora mismo se irá a la South Hill Tower y pedirá al conserje Tarrelton la lista de inquilinos. Ya se lo avisé anoche, de modo que la tendrá preparada, supongo. Investigaremos a todas las personas que habitan ese edificio.

—Sí, señor.

Hassel se puso en pie, pero, de repente, exclamó:

—Teniente, aunque no encontramos huellas, la mano del autor del anónimo...

—Ni lo sueñe, sargento. Probablemente compró un paquete de cuartillas y otro de sobres, junto con un par de guantes rasgó las envolturas de los paquetes, que hizo arder a continuación, ya que ese papel sí tenía sus huellas dactilares. Naturalmente, las cuartillas y los sobres quedaron, junto con el lápiz y el rotulador, en algún sitio que no podemos imaginarnos, pero que para él es fácilmente accesible. Cada vez que se dispone a escribir un anónimo, se pone previamente los guantes de goma y...

Hassel lanzó un hondo suspiro.

—Sí, señor, así debe de hacerlo —convino—. Pero ¿es que esa chica tiene alguna relación con los de la Wallabee Express?

—Quizá, aunque ni ella misma lo sepa —contestó el joven.

—Es posible. Traeré la lista lo antes que pueda, señor.

Corbett quedó solo en su despacho, contemplando el anónimo con ojos preocupados. De pronto, oyó que llamaban a la puerta y guardó el sobre y la cuartilla en el cajón de la mesa.

—¡Adelante!

Leda St. Vrain entró y se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa.

—Hola, sabueso —sonrió.

—Encanto, estás más apetitosa que nunca —dijo él.

—¿De veras? A juzgar por tu actitud, lo que acabas de decir es sólo una fórmula de cortesía.

—Mujer...

—Por ahí se dice al oído que hay un gallardo oficial de policía que acompaña a una hermosa muchacha, que estuvo una larga temporada en un manicomio.

—Clínica psiquiátrica.

—La gente no entiende de sutilezas. Sigue usando los nombres tradicionales. Estuvo internada como demente casi un año.

—Pero se demostró que era una conspiración, tramada por unos desaprensivos, para entrar a saco en su fortuna.

—Alex, cada vez que sucede una cosa semejante, la gente piensa que, en el fondo, había algún motivo.

—¿Tiene eso algo que ver con tu visita?

—Sólo he venido a anunciártelo. Diré algo en mi programa de esta noche.

—Estás en tu derecho —contestó él fríamente.

Leda sonrió. De pronto, se subió la falda hasta casi la cintura y empezó a arreglarse una presilla del liguero, enseñando provocativamente el muslo, blanco en la parte superior, oscuro por el tejido de la media más abajo.

—Pero tal vez no diga nada si...

Los párpados de Corbett se entornaron.

—A veces, han querido sobornarme con dinero. Es la primera vez que intentan sobornarme con un cuerpo hermoso —dijo.

Leda bajó su falda de golpe.

—Entonces, ¿no quieres decirme nada? —preguntó colérica.

—Tengo trabajo —se disculpó él.

—¿Tienes sangre de lagarto?

—¿Lo demostré la última vez que estuvimos juntos?

—Pero, ¡por todos los diablos! —juró Leda violentamente—. ¿Por qué no quieres hablar?

—Muñeca, tú tienes trabajo, que te imponen ciertos deberes. Cumple esos deberes, según creas es mejor para tus intereses y los del público. Yo haré también lo mismo — respondió Corbett sin inmutarse.

Leda se apeó de la mesa.

—Te recomiendo conectar el televisor a las siete y media de la tarde —se despidió. Corbett maldijo entre dientes al quedarse solo. «Condenada entrometida», pensó malhumorado.

El teléfono sonó en aquel momento y se dispuso a volver a la realidad.

CAPITULO VI

También sonó el teléfono a la misma hora en el apartamento de Maud. La joven terminaba de bañarse y corrió a la sala. Tal vez Corbett tenía algo nuevo que comunicarle.

Pero no era Corbett.

El hombre reía siniestramente.

—¿Recibiste mi carta? —preguntó—. Sí, me lo imagino. Y a estas horas estás enterada de su contenido. Fark ha llegado ya al infierno... y a ti, cada vez te falta menos...

—¿Quién es usted? —gritó Maud descompuestamente—. ¿Por qué me amenaza de ese modo? ¿Qué le he hecho yo?

La risa volvió a sonar.

—Pronto vendrás conmigo al infierno. ¡Arderemos los dos juntos!

La comunicación se cortó. Maud, desmoralizada, se dejó caer en una silla, con las manos sobre el regazo.

Estuvo así unos momentos. De pronto, se le ocurrió la idea de establecer una contraseña con el teniente Corbett. Cada vez que le llamase el policía, debía dejar sonar el teléfono cuatro veces, colgar y repetir la llamada segundos después. De este modo, sabría que era él y no el misterioso autor de los anónimos.

Corbett aprobó su decisión minutos más tarde.

—De acuerdo, es una buena idea —dijo—. ¿Se ha mostrado particularmente agresivo?

—No. Más o menos, como en anteriores ocasiones.

—Muy bien, pero... usted puede recibir llamadas de otras personas...

—No es muy frecuente Alex.

—De todos modos, puede suceder. Ahora bien, usted puede negarse a contestar al teléfono, a menos que sepa con absoluta seguridad que soy yo u otra persona de su confianza.

—Alex, en este momento, la única persona en quien confío es usted —declaró ella con gran vehemencia.

—No deja de resultar halagador —sonrió él.

Y luego, Corbett pensó en la llamada recibida días antes, de un preocupado jefe de policía, de una ciudad situada a unos ciento noventa kilómetros, en donde un tal Bennie Fark había sido asesinado, sin que se conocieran los motivos exactamente, ni hubiese el menor rastro del asesino. Pero el citado jefe de policía estaba enterado de la muerte de Charly Riggs y suponía que ambos sucesos podían estar relacionados. Corbett confirmó la relación, aunque añadió que era todo cuanto podía decir al respecto. No obstante, si averiguaba algo de interés, lo comunicaría de inmediato a su interlocutor y éste le prometió corresponder de la misma forma.

Una hora más tarde, llegó Hassel con la lista de inquilinos de la South Hill

Tower y los dos hombres se pusieron a estudiarla.

* * *

—Me han «dicho al oído» —Leda subrayó enfáticamente la frase—, que cierto apuesto oficial de policía y una encantadora muchacha salen juntos con cierta frecuencia.

Leda miró la cámara, a la vez que sonreía maliciosamente.

—Eso es algo que no tiene nada de particular —continuó, tras una leve pausa, realizada hábilmente para acentuar la atención de los oyentes—. Un oficial de policía no deja de ser humano y tiene derecho a cortejar a una mujer. No obstante, en el presente caso, se da la casualidad de que la dama cortejada es hija de un hombre llamado Thomas Colman, fallecido hará unos dos años y medio. La hija, no demasiado conforme con los métodos empleados por Colman para conseguir su fortuna, repartió en pocos meses nada menos que cuatro millones, entregándolos a diversas instituciones benéficas. Algunos familiares pensaron que estaba loca y consiguieron su internamiento en una institución para enfermos mentales, aunque luego se demostró la perfecta salud psíquica y pudo salir a la calle, sin más complejos.

»Los autores de la conspiración fueron procesados, acusados en regla y condenados a módicas penas de prisión. Hasta aquí, todo perfectamente natural, nada que salga demasiado de lo corriente, a no ser el reparto de los cuatro millones de dólares, cosa que deberían imitar muchos. Pero lo curioso del caso es que el difunto Thomas Colman tuvo relación, en tiempos, con una agraciada dama, hoy desaparecida sin dejar rastro, de la que se sospecha fue el cerebro director y jefe de la banda que asaltó el furgón blindado de la Wallabee Express, con el resultado de dos muertos y ochocientos mil dólares evaporados. La dama en cuestión se llamaba Rosalind Barnes...

Corbett dio un salto. Su pulgar oprimió la tecla de control remoto y la imagen y el sonido desaparecieron de la pantalla del televisor. Dejó la caja de control a un lado y se puso en pie.

¿Por qué no le había dicho Maud nada?, se preguntó.

Lo más posible es que ella estuviese ignorante de las relaciones de su padre con Rosalind Barnes. Por lo que sabía, Thomas Colman había querido siempre que su hija viviese y se educase siempre en un mundo diferente al suyo. Naturalmente, Maud habría quedado siempre al margen de las especulaciones y negocios turbios de su padre. Y, sin embargo, cabía la posibilidad de que ella hubiese oído algo.

Antes de llamar a la muchacha, sin embargo, habló con Hassel.

—Creo que tenemos una pista —dijo.

—He visto la televisión, teniente —manifestó Hassel—. Estoy de acuerdo con usted. Pero ¿dónde está la Barnes?

—Tendremos que ponernos a buscarla, sargento. Por fortuna, disponemos de fotografías suyas. Ocúpese mañana de que se hagan copias y se repartan a

las distintas comisarías y a todos los agentes, uniformados o no.

—De acuerdo.

Corbett permaneció en su apartamento. Sabía lo que iba a suceder. En aquellos instantes, Leda estaba en manos de los maquilladores de la televisión.

Un cuarto de hora más tarde, sonó el teléfono.

—Has visto mi programa, supongo —dijo Leda.

—Eres toda una Sherlock Holmes con faldas —elogió él—. Presumo que pedirte que me digas quién te dio los informes sobre Colman y la fulana será inútil.

—Lo has acertado —rió ella—. Pero, dime, ¿después de todo lo que ha pasado, cómo no se te ocurrió investigar la vida pasada del difunto padre de Maud?

—No tenía por qué hacerlo. Naturalmente, lo que has dicho por la televisión puede resultar una base de partida para una investigación en otro sentido distinto.

—Gracias. La chica es hermosa, ¿verdad?

—No tanto como tú, muñeca.

—No me des coba, polizonte. De todos modos —suspiró Leda—, puede que tengas razón. Yo no soy mujer para estar atada a un hombre de un modo permanente. Si alguno me gusta especialmente, me lo llevo a la cama y se acabó.

—¿No temes a los fracasos?

—Tengo buen olfato, Alex. Adiós... y suerte.

Corbett sonrió, mientras se reclinaba en el diván. Leda era tremendamente atractiva y sexualmente experta, pero no le habría gustado que ella hubiese intentado una relación permanente.

Por fortuna, la presentadora se conocía bien a sí misma, pensó.

* * *

Una vez más, el teléfono sonó en medio de la oscuridad.

Maud se despertó y aguzó el oído. El sonido se producía en la sala. Sin duda, se había olvidado de conectar el supletorio de su habitación.

Los timbrazos fueron cuatro. Maud encendió la luz. Pasaron treinta segundos. El teléfono sonó de nuevo.

Era Corbett, se dijo, mientras saltaba de la cama, vestida únicamente con el camisón. Corrió hacia la sala y tomó el teléfono.

—Alex...

La risa que llegó a sus tímpanos la dejó helada.

—Alex se llama el apuesto teniente de policía, ¿verdad? —dijo el desconocido. Maud quedó rígida como una estatua. Algo helado descendió por su espina dorsal.

—¿Te has quedado muda? —Dijo el hombre—. Bien, no importa. Ya

sabes lo que voy a decirte. ¡Pronto estarás conmigo en los infiernos!

Resonó una carcajada satánica. Maud dejó el teléfono y se apartó de la mesa, como si hubiese visto en ella un áspid.

A pesar del terror que dominaba su ánimo, había podido llegar a una conclusión. El desconocido había averiguado la contraseña acordada con Corbett. Lo cual significaba que podía escuchar cualquier llamada que hiciese o recibiese a través de su teléfono.

En aquel momento sonaron pasos sobre su cabeza.

Era un sonido que ya empezaba a resultarle familiar. Lentamente, mirando con ojos agónicos hacia el techo, retrocedió paso a paso, hasta que su espalda chocó contra la pared. Vagamente, percibió una ligera sensación de blandura en los hombros, pero no prestó demasiada atención al detalle. Inmóvil, con la vista fija en el techo, los brazos separados del cuerpo y las palmas de las manos apoyadas en el muro, parecía la viva estampa del terror. En su cuerpo sólo se percibía el movimiento de ascenso y descenso de los senos.

Los pasos seguían sonando.

De repente, cómo impulsada por una fuerza irresistible, Maud echó a correr. Semidesnuda, no llevaba encima sino el liviano camisón, con los pies descalzos, salió del apartamento y se dirigió hacia la puerta que permitía el acceso a la terraza.

Para su sorpresa, la puerta estaba abierta.

Notó en las desnudas plantas de los pies el frío de los peldaños metálicos, pero continuó su ascensión a la carrera. Una vez, su pie derecho tropezó con el bajo del camisón y estuvo a punto de caer, pero logró incorporarse en el acto.

La fría brisa nocturna hizo revolotear el camisón, pegándolo a su cuerpo de jóvenes y firmes curvas. Un tenue silbido hirió sus oídos. A la terraza no llegaba otra luz que la de las estrellas.

De repente, vio una sombra que se movía en una de las estructuras que albergaban la maquinaria del ascensor. El asesino estaba allí.

Por un momento creyó que se le paraba el corazón. Luego, extrañamente resuelta, buscó un arma. A poca distancia, en el suelo, vio un objeto de forma alargada. Era una barra de hierro, olvidada por algún operario.

Con la barra en la mano, avanzó hacia la sombra, pegada a la pared de la caseta. De pronto, dio un salto y empezó a descargar golpes.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba atacando un trozo de lona vieja, colgada de un clavo. Maud rió y lloró al mismo tiempo. La barra se desprendió de sus dedos y resonó metálicamente al chocar contra el cemento del suelo.

De repente, oyó un estruendo.

Volvió la cabeza. Alguien había cerrado de golpe la puerta metálica.

Enloquecida de pavor, corrió hacia la escalera. Sí, la puerta estaba cerrada y nadie contestó al frenético aporreo de sus puños. Maud presintió que iba a morir. El asesino se presentaría en cualquier instante...

Pero ¿no había dicho que quería ir con ella al infierno?

Lentamente, como resignada al sacrificio, subió de nuevo la escalera. El viento hizo ondear sus cabellos. Si el desconocido iba a matarla allí... los dos saltarían al espacio por encima del parapeto.

—Vendrás conmigo al infierno —murmuró.

Caminó muy despacio, acercándose al pretil. De pronto, tropezó con algo y cayó de rodillas. Durante unos segundos, permaneció apoyada en el suelo, con manos y rodillas. Luego, poco a poco, distinguió el objeto que la había hecho tropezar.

Era un rollo de cuerda, delgada, pero fuerte. Maud recordó épocas pasadas. Hubo un tiempo en que le gustó el alpinismo. Incluso había hecho prácticas de escalada, consiguiendo cierta reputación, pero había abandonado el deporte, debido a la insistencia de su padre, que se sentía muy aprensivo al respecto. No obstante, lo que había aprendido, tan bien en otro tiempo, no podía haberlo olvidado ahora con facilidad. Y, además, la distancia era tan corta...

Resuelta a todo, agarró la soga y corrió hacia el parapeto. Había unos soportes de hierro en las inmediaciones y ató el extremo de la cuerda a uno de ellos. Luego asomó medio cuerpo fuera del pretil y miró hacia abajo.

En total, hasta el suelo de la avenida, eran unos cuarenta y tantos metros. Algunos de los apartamentos eran del tipo «dúplex», lo que significaba una mayor altura del conjunto arquitectónico. Pero la distancia hasta su terraza era solamente de seis metros,

Lanzó la cuerda fuera y la vio serpentear en el vacío, inmediatamente, se puso a horcajadas sobre el parapeto. En casa estaría segura, hasta que pudiera llamar a Corbett.

Descendió lentamente. Una vez se sintió balancear, debido a una inesperada racha de viento, y creyó ser una araña pendiente de un hilo. Pera poco a poco, la distancia hasta la seguridad de la terraza se iba acortando.

Al fin, sus pies quedaron a unos centímetros del borde de la terraza. Pero también quedaban fuera en ocasiones. Entonces, inició un lento balanceo. Cuando creyó que no podía fallar, inició el salto hacia el interior.

En el mismo instante, la cuerda cayó desde las alturas. Maud gritó agónicamente, mientras rodaba por el suelo de la terraza. Encogida, la cara medio vuelta hacia el parapeto, vio alejarse la cuerda, serpenteando como una culebra que huyese de algún peligro. Y entonces adquirió la convicción de que el asesino estaba realmente arriba.

El hombre se gozaba con su pánico. Maud se levantó enloquecida y corrió hacia el teléfono. No le importaba que estuviese intervenido. También el asesino sabía que Corbett iba a venir.

Pero si estaba escuchando, ¿cómo podría encontrarse arriba? ¿Tenía algún cómplice? Dejó a un lado todas las consideraciones y corrió al teléfono. Marcó el número de la casa de Corbett, pero no percibió el menor sonido de respuesta.

Maud tardó todavía unos largos minutos en darse cuenta de que el teléfono estaba cortado.

CAPITULO VII

El motorista de tráfico vio pasar por delante de él un coche, conducido por una rubia despeinada, y frunció el ceño. La velocidad del automóvil era superior a la permitida.

Aquella mujer conducía como una loca, se dijo el policía, mientras golpeaba con el pie el arranque de su vehículo. Instantes después, se lanzaba en persecución de la irresponsable Conductora.

Maud oyó la sirena y se apartó a un lado. Mejor, se dijo; así llegarás antes junto a Corbett. Todavía estaba sin dormir; había pasado la noche en vela en su apartamento, con las puertas atrancadas, aguardando a cada momento la aparición del asesino. Pero el nuevo día había llegado sin que el desconocido diera señales de vida. Al fin, y puesto que el teléfono seguía cortado, había decidido ir en busca del policía.

El motorista se apeó, con la libreta en las manos.

—Por favor, señorita —dijo cortésmente—. Su licencia de conducción. Maud se tapó la cara con las manos.

—Tiene una radio en su motocicleta. Llame al teniente Corbett, de Homicidios. Me persiguen... Soy Maud Colman...

—¡Colman! —respingó el agente.

—Sí... Por favor... ¿Cree que no sé cuál es la velocidad máxima permitida? Dígale al teniente que tengo el teléfono cortado desde la medianoche.

El policía intuyó que la joven decía la verdad y guardó el talonario de notas en el bolsillo. Fue a la moto, descolgó el radio-teléfono y se puso en contacto con la jefatura. Momentos después, hacía una seña a la muchacha.

—Sígame, señorita Colman.

Maud respiró aliviada y dio el contacto de nuevo. El policía le abrió paso con el estridor de su sirena. Corbett aguardaba ya en la puerta de la central de policía y acogió a Maud en sus brazos, cuando ella se arrojó sobre él histéricamente.

—Estaba anoche en casa... —sollozó—. Me cerró la puerta de la terraza...

Corbett comprendió en el acto el estado en que se hallaba la muchacha y pasó una mano por su cintura. Hassel salió a su encuentro.

—Busque al médico, sargento —ordenó Corbett.

—Sí, señor.

Maud apenas si podía andar. Cuando llegó al despacho de Corbett, se desplomó sobre un sillón.

—Llamó, empleando nuestra contraseña... —explicó, mientras Corbett le ofrecía una taza de café—. Luego sonaron los pasos arriba...

Maud explicó con voz entrecortada todo lo que había sucedido durante la noche. Frunció el ceño al darse cuenta de que el autor de los anónimos había intervenido el teléfono de la joven. Luego reprochó a Maud su escapada de la terraza.

—Pudo haberse matado.

—En aquellos momentos, yo creía que el asesino estaba en la terraza. Y, aunque tuve un ramalazo de locura, porque pensé morir con él, cuando vi la cuerda, pensé que era el mejor medio para salvar la vida.

—Esa cuerda cayó a la explanada que hay ante la fachada del edificio. ¿La ha visto al salir esta mañana?

—No me he fijado...

Hassel y el médico entraron en aquel momento. Mientras el galeno atendía a Maud, Corbett hizo un aparte con su subordinado.

—Vaya al apartamento de la señorita. Llévese a un técnico y revise la instalación del teléfono.

Repitió sucintamente lo que le había contado Maud y Hassel asintió, marchándose inmediatamente. Corbett regresó junto a la muchacha.

—Sólo son nervios, Alex —informó el galeno—. Le he dado un sedante suave; es todo lo que necesita.

—Gracias, doctor.

El médico cerró el maletín.

—Ah, Alex, venga un instante; quiero hablarle de ese detenido que alega estar enfermo...

Corbett siguió al médico fuera de su despacho. Una vez estuvo cerrada la puerta, el doctor miró fijamente.

—Esa chica está sometida a una tensión psíquica, que puede acabar con un derrumbamiento total de su mente —dijo.

—Haré todos los posibles para evitarlo, «doc».

—Inténtelo, Alex. ¿Es la que estuvo internada en una clínica psiquiátrica hace algún tiempo?

—Sí, pero fue debido a una conspiración urdida por unos parientes y un médico amigo de éstos. Los parientes están en la cárcel y el médico perdió su título.

—Aun así, vigílela o acabará mal.

—Lo tendré en cuenta, «doc».

Corbett regresó a su despacho. Había un diván y Maud estaba tendida en él, con los ojos cerrados. Pero no se había dormido.

Ella abrió los ojos y se esforzó por sonreír.

—Debo de parecerle loca —dijo.

—No, en absoluto. Yo creo firmemente todo lo que me ha dicho —contestó él.

—Gracias, Alex. Ahora me siento un poco mejor... Ha sido una noche infernal.

—El sargento Hassel ha ido a su casa, para revisar la instalación del teléfono. Ahora no tiene motivos para preocuparse, se lo aseguro. Pero me gustaría hacerle unas cuantas preguntas... Si quiere, puedo esperar...

—No, pregunte todo lo que sea.

—Gracias, Maud. Dígame, ¿oyó hablar alguna vez a su padre de una mujer

llamada Rosalind Barnes?

—No, nunca. ¿Por qué?

Corbett meditó unos instantes. Luego fue a una mesa y regresó con una cartulina en la mano.

—Esta es Rosalind Barnes —dijo.

Durante unos segundos, Maud contempló la imagen reproducida en la fotografía. Tratábase de una mujer de unos treinta y cinco años, guapa, aunque de rostro adusto. La reproducción no le favorecía en absoluto, pero sí se podía adivinar un cuerpo de formas opulentas, de un innegable atractivo sensual.

—No he visto nunca a esa mujer —dijo Maud, pasados unos segundos—. Aunque, no sé por qué, su rostro me parece vagamente familiar... ¿Por qué quiere saberlo, Alex?

Corbett agarró una silla y se sentó frente a la muchacha.

—Hace tiempo, fue asaltado un furgón blindado, usted conoce la historia —dijo—. Pero lo que ignora es que Rosalind Barnes ideó el plan y dirigió la banda que ejecutó el asalto. Eran seis personas en total, incluyéndola a ella. Riggs y Fark eran sospechosos de haber tomado parte en el hecho.

—¿Y dice que mi padre era amigo de Rosalind?

—Al menos, lo fue en tiempos.

—Mi padre y yo llevábamos vidas separadas. El estaba siempre absorbido por sus negocios... Usted sabe que la mayor parte de su fortuna fue adquirida por medios nada lícitos.

—Sí, lo sé.

—Pero respecto a lo que podríamos llamar su vida privada, no puedo decirle nada en absoluto. Si esa mujer fue la amante de mi padre, en todo caso, jamás entró en casa. Al menos, hallándome yo presente.

—Quizá vivía en otro sitio —apuntó Corbett.

—Es muy posible. De todos modos, ¿cree que mi padre pudo estar implicado en el atraco?

—No. Por lo visto, el hecho se produjo cuando ya se había interrumpido la relación entre ambos.

—Pudiera ser —murmuró la joven.

—Dice no saber nada de Rosalind... y, sin embargo, le pareció conocida —recordó Corbett.

—Puede que la haya visto en alguna parte, sin llegar a conocerla personalmente. Luego olvidé su cara y la he recordado ahora, al ver la fotografía. Pero me temo que eso no puede servirle de mucho, Alex.

Corbett sonrió.

—No se preocupe. En la policía se aprende a ser paciente —dijo—. ¿Se encuentra mejor?

—Sí, bastante...

—Entonces, voy a proponerle una cosa. Ahora saldremos a dar un paseo. Y a almorzar, porque estoy seguro de que no ha probado bocado desde

anoche.

—En efecto, así es.

—Bien, no se hable más. Déme la mano.

Maud obedeció. El contacto con la fuerte mano del joven la hizo percibir un singular sentimiento de alivio, que disipó buena parte de sus temores.

* * *

Hassel volvió por la tarde al despacho de Corbett.

—El teléfono está en orden —informó—. No ha habido corte ni se aprecian señales de que haya sido intervenido.

Corbett se rascó la mejilla con el pulgar.

—Ella parecía sincera, aunque...

—Cuando una persona está muy nerviosa, puede ver visiones —dijo el sargento.

—Sí, es cierto. A pesar de todo... ¿Qué hay de la cuerda?

—Ni rastro. Oiga, si quiere que le sea sincero, esa chica soñó todo lo que le ha contado. No digo que se emborrachase, pero tal vez tomó un par de tragos de más... y si ya tiene la mente influenciada por algo real, como son los anónimos, entonces, ese par de copas...

—Le entiendo perfectamente, Hassel. Puede que haya sido una pesadilla, que se ha incrustado en su cerebro de tal forma, que lo que haya soñado le parezca auténtico. De todos modos, queda en pie el asunto de los anónimos...

—Es lo que más me intriga de todo el caso —declaró Hassel—. Uno pensaría que los anónimos dirían algo como «voy a mandarte al infierno» o una cosa así, pero no «vas a venir conmigo al infierno». Eso es algo que no se entiende en absoluto, señor.

—Sí, es el auténtico enigma del caso —admitió Corbett—. ¿Dice que el teléfono no estaba intervenido?

—No, señor. Fuimos con Tarrelton y examinamos la caja de distribución, que está en el sótano de los servicios. Por supuesto, ahí sí se podría hacer una derivación, pero no en otro sitio, ya que los hilos corren empotrados en las paredes.

—Esas cajas de distribución suelen tener interruptores para cada teléfono.

—Cierto, señor; pero todos estaban correctamente situados. El técnico y yo estuvimos haciendo pruebas que no dejan lugar a dudas. El teléfono de la señorita Colman funciona perfectamente.

—¿No puede suceder que alguien entrase en el sótano, sin que se enterase el conserje?

—Tendría que haberle quitado la llave —dijo Hassel.

—¿Quién estaba anoche de servicio?

—Marty Speller, señor. Una vez a la semana, sin embargo, Tarrelton ocupa el puesto de conserje de noche, para que Speller pueda disfrutar de su día de descanso semanal. Pero anoche estaba Speller, seguro, señor.

El índice de Corbett golpeó unos papeles que tenía sobre la mesa.

—Tendremos que investigar a fondo a todos los inquilinos del edificio —dijo—. Uno de ellos, no cabe duda, es el autor de los anónimos.

¿Y tiene una llave falsa del apartamento de 1a muchacha?

—¿Por qué no? Claro que una vez descolgó el anónimo con una cuerda, desde la terraza, pero en otra ocasión, lo encontramos en la nevera.

Hassel hizo un gesto con la mano.

—Pondré manos a la obra, señor —dijo. Corbett quedó solo. Encendió un cigarrillo.

De algún modo, se dijo, Maud, y aunque ella fuese inocente, estaba relacionada con el asalto al furgón blindado de la Wallabee Express. Pero, ¿cuál era la relación?

El día concluyó sin que hubiese podido llegar a una conclusión medianamente satisfactoria. Había desechado hipótesis tras hipótesis, todas ellas por irrealizables y, un poco fatigado, decidió que lo que le convenía era descansar y abandonar el despacho.

CAPITULO VIII

El asesino que vivía en la South Hill Tower recibió otro sobre anónimo, cuyo contenido conocía ya muy bien.

El nombre que se citaba era Nigel Crane. El asesino localizó a su víctima, estudió sus hábitos y, llegado el momento, le disparó un tiro en la cabeza. Luego desapareció sin que nadie pudiera decir que le había visto en las inmediaciones del lugar donde se había cometido el crimen.

Aquella misma noche, Maud tenía en las manos una cuartilla, escrita con caracteres de mayúsculas, de color escarlata.

Durante casi tres semanas, había desarrollado su vida normal. No se habían producido llamadas telefónicas y el desconocido había dejado de molestarla. De repente, cuando creía que todo había pasado definitivamente, aparecía un nuevo anónimo.

Esta vez lo había encontrado en el baño, sujeto al espejo por un trozo de papel adhesivo. Tras sufrir un fuerte choque, había logrado sobreponerse y ahora aguardaba la llegada de Corbett.

El teniente apareció poco después. En silencio, Maud le entregó el anónimo.

—El nombre que se menciona es el de Nigel Crane, otro de los sospechosos del atraco —dijo Corbett, después de la lectura del anónimo. Miró el reloj—. Son las once y media de la noche. Yo he tardado treinta minutos en llegar.

—Lo encontré en el espejo del baño, sujeto con papel adhesivo —declaró la muchacha—. Inmediatamente le llamé a usted.

—No tenemos la menor noticia del lugar donde puede estar Crane. Pero en este edificio vive alguien que lo sabe.

—¿Lo cree así?

El índice de Corbett golpeó varias veces el anónimo, ahora depositado sobre una mesa de la sala.

—El autor del mensaje hizo dos avisos. Los dos se cumplieron. Es de suponer —añadió Corbett sombríamente—, que éste se haya cumplido también o esté a punto de cumplirse.

—Pero, ¿por qué? —Se extrañó Maud—. ¿Por qué quieren matar a esos sujetos?

—El botín ascendía a ochocientos mil dólares. Estaba compuesto por ocho mil billetes de cien, de los que ninguno ha aparecido hasta el presente. Apuesto a que alguien quiere eliminar al resto de la banda, para quedarse él solo con el botín.

—¿Y no se tomó la numeración? Corbett sonrió tristemente.

—Sí, pero, en ciertos casos, eso no sirve de nada. Los billetes se sacan del país y van a parar a sabe Dios qué compradores, los cuales pagan una parte del valor real de los billetes. Aunque el dueño del billete lo venda con un

descuento de un sesenta por ciento, en este caso, siempre le quedaría una ganancia superior a los trescientos mil.

—Desde su punto de vista, vale la pena.

—No cabe la menor duda. Ahora bien, el enigma reside en los anónimos. ¿Por qué ha de recibirlos usted? ¿Qué relación puede tener usted, aunque lo ignore en absoluto, con ese atraco?

—Bien, si el tipo sabe que soy hija de Colman y conoce la relación que existió entre él y Barnes, puede quizá sospechar que yo sé algo sobre el particular —opinó la muchacha.

—Con lo cual, piensa erróneamente —dijo Corbett—, Y eso tampoco se compagina con las amenazas que recibe.

—Aquella noche pasé un miedo espantoso, créame. Corbett la miró fijamente.

—Maud, con sinceridad, dígame, ¿no pudo tratarse de una pesadilla? Ella hizo un gesto negativo.

—Los pasos se escuchaban arriba —contestó—. Quise conocer al sujeto, reprocharle lo que hacía..., solucionar, en fin, esta situación, al precio que fuese. La puerta de acceso a la terraza estaba abierta..., quiero decir, no estaba cerrada con llave... Cuando llegué arriba, oí el estruendo de la puerta que se cerraba. Bajé, la golpeé con los puños... ¡Espere! — dijo de pronto—. Quizá encontremos arriba algo que puede confirmar mis palabras.

—¿Qué es? —preguntó Corbett interesadamente.

Maud se puso en pie y buscó el teléfono interior. Marty Speller le contestó de inmediato.

—Por favor, pídale a Joe la llave de la puerta que conduce a la terraza superior — solicitó.

—Al momento, señorita. Corbett meneó la cabeza.

—A los Tarrelton no les sentará bien que los despierte alguien a estas horas.

—No suelen acostarse demasiado pronto —respondió ella—. Les gusta mucho la televisión y hay canales en abundancia.

Efectivamente, Tarrelton llegó a los pocos momentos.

—¿Desean que les acompañe? —consultó al entregar la llave a Corbett.

—No hace falta, Joe, muchas gracias. Dejaré la llave a Marty cuando me vaya.

—Bien, teniente, como guste.

Momentos después, Corbett y la muchacha llegaban a la terraza. Ella le guió de inmediato hasta la estructura donde había visto aquella sombra que, en un principio, le había parecido el cuerpo del asesino.

—Aquí, colgado de este clavo, había un trozo de lona bastante grande — exclamó triunfalmente. Movió la linterna que había llevado consigo y señaló unas marcas en la pared—, Fíjese, Alex, son las señales de los golpes que yo asesté con la barra de hierro, antes de darme cuenta de que sólo era un pedazo de lona.

Corbett pasó la mano por la pared de la caseta. Sí, parecían marcas de golpes asestados con un instrumento alargado y metálico y amortiguados por el relativo grosor del tejido'

De súbito, Maud lanzó un pequeño grito:

—¡La barra, Alex! ¡Aquí está!

Corbett se acuclilló y estudió la barra algunos segundos. No parecía que el relato de la joven fuese un producto de una pesadilla. Las marcas en la pared y la barra de hierro confirmaban sus palabras.

Al cabo de unos momentos, se incorporó y caminó hacia el parapeto. Desde allí miró hacia abajo.

—Es usted valiente —dijo—. Yo no me habría atrevido a bajar ni por todo el oro del mundo.

—Hubo un tiempo en que me gustaba mucho el alpinismo, Lo dejé porque me lo pidió mi padre con mucha insistencia. De otro modo, yo tampoco habría podido emplear esta vía para regresar a mi apartamento.

—Y cortaron la cuerda...

—Justo en el momento en que yo me soltaba, pero lanzándome hacia dentro. Cuando noté la falta de sustentación de la soga, tenía los pies a la altura del parapeto de la terraza, lógicamente. Caí, volví la cabeza y vi la cuerda que se arrastraba por encima del pretil, para caer a la calle.

—Al día siguiente no se encontró rastro de la soga.

—La escondió el autor de los anónimos, seguro. Corbett hizo un gesto con la mano.

—Será mejor que hagamos los cálculos correctos —dijo—. Usted asegura que le cerraron la puerta cuando estaba aquí. Luego encontró una cuerda y la utilizó para escapar. Pero alguien la cortó, lo cual significa que había una persona escondida por alguna parte.

Maud movió el brazo izquierdo en amplio abanico.

—Hay muchos sitios para esconderse, ¿no cree?

Corbett contempló las estructuras de los ascensores y de los depósitos de agua, e hizo un gesto de asentimiento. En aquellos instantes, podía haber, incluso, media docena de personas escondidas, sin que ellos fuesen capaces de ver a nadie.

—Bien —dijo—, en eso estoy de acuerdo con usted. Alguien se quedó aquí y cortó la cuerda... y había un cómplice ahajo, qué la retiró. O tal vez la agarró al paso, situado en una de las terrazas interiores.

—No lo puedo asegurar. Lo único que sé es que no soñé y que fue una realidad absoluta, que me hizo pasar la noche más espantosa de mi vida.

Corbett sonrió, a la vez que asía suavemente el brazo de la muchacha.

—Vamos —dijo persuasivamente.

Momentos después, ella servía café. Sonrió al entregar una taza a Corbett.

—¿Sabe? A su lado me siento mucho más segura —dijo.

—No le quepa la menor duda —respondió él.

* * *

—Otro aviso de muerte, ¿eh? —dijo a la mañana siguiente el sargento Hassel, con acento sarcástico, aunque no exento de un toque de amargura.

—Así es —contestó Corbett—. Ya sólo quedan tres de los seis sospechosos, incluyendo a la inaprehensible Rosalind Barnes. Lo que no entiendo es dónde ha podido esconderse esa mujer. Aunque ya talludita, es bastante guapa y tiene un cuerpo que llama mucho la atención.

—Debe de ser una maestra de los disfraces. —Hassel fue a la cafetera y volvió a poco con dos vasos de plástico—. Los otros dos que quedan son Cairo Smith y Roger Bym.

¿Cuál de ellos será el siguiente?

—A mí se me está ocurriendo una posibilidad. El asesino vive en la South Hill Tower.

—No hemos encontrado nada sospechoso en ninguno de los inquilinos, señor — manifestó el sargento—. Todos ellos son personas irreprochables...

—En apariencia sí, no hay motivos para dudar de ninguno de ellos. Pero están sucediendo cosas muy raras y todas ellas tienen origen en el interior del edificio. Hay cinco o seis apartamentos por alquilar todavía, lo que nos deja un total de treinta y ocho inquilinos aproximadamente. Uno de ellos puede ser el autor de los anónimos... y de los asesinatos.

—¿De los asesinatos? —repitió Hassel, a la vez que daba un pequeño respingo.

—¿Por qué no? ¿Quién mejor que él para saber el día y casi la hora exacta en que va a morir una persona?

—Pero las muertes se han producido lejos de esta población...

—En eso estoy de acuerdo, como también es preciso convenir en la existencia de un cómplice. Este deja el anónimo, mientras el asesino se halla a cientos de kilómetros de la ciudad, ejecutando su golpe.

—En tal caso, habrá que «peinar» nuevamente a los habitantes del edificio.

—No le quepa la menor duda... —Alguien llamó a la puerta y Corbett se interrumpió para decir «adelante». Un policía entró y dejó sobre la mesa un sobre.

—Despacho urgente del jefe de policía de Kansas City, señor —anunció. Corbett arrugó la nariz.

—Bien, por fin, alguien da señales de vida, después de tantos mensajes despachados en solicitud de información —exclamó, a la vez que buscaba una plegadera para rasgar el sobre.

El contenido del mensaje era sumamente interesante:

> *Posible sospechoso puede ser Happo Warren. Utiliza también otros nombres: John Tompkins, Edgar Lewis, Harry Walther, Melville Johnson y varios otros que no se conocen con certeza. Es apodado Hombre Invisible, debido a su habilidad*

profesional. Utiliza invariablemente pistola de pequeño calibre, con silenciador. Dispara a la cabeza. Jamás falla. Señas particulares: 40/50 años, estatura media, ojos marrones, calvicie en parte posterior cráneo, maneras amables y corteses. Correo aparte enviamos huellas dactilares. Saludos, J. F. Lawrence, comisionado de policía de Kansas City.

—Bien —exclamó el joven, satisfecho, después de la lectura—, por fin tenemos la primera pista.

Hassel leyó el telegrama.

—No está mal —dijo—, aunque en el edificio viven media docena de tipos como éste.

—Bueno, pero las huellas que nos envían «sólo» pertenecen a uno. En cuanto lo tengamos, le echaremos el guante. Pero, además, conviene investigar quiénes han estado ausentes de la ciudad en los momentos en que se cometían esos crímenes.

—Eso ya será más sencillo. Hablaré con los conserjes del edificio. Esos lo saben todo.

—Sí, desde luego. Los Tarrelton son unas personas excelentes. Le ayudarán, sargento. De nuevo volvieron a llamar a la puerta. Era la misma mujer policía que había traído el telegrama.

—Hemos recibido otra información, ésta telefónica —declaró—, Nigel Crane murió anoche, sobre las once y algunos minutos, con el cráneo atravesado, en Grover Point.

—¡Grover Point! —Exclamó Corbett—. Eso está a seiscientos kilómetros de distancia por lo menos.

—Quizá haya llegado ya, señor —apuntó Hassel. Corbett extendió la mano.

—Vaya a investigar —ordenó—. Si el sospechoso no hubiera llegado todavía, cosa posible, porque conducirá con mesura y no querrá salirse de su papel de hombre ponderado y correcto, espere hasta que llegue.

—Sí, señor.

Hassel abandonó el despacho. Corbett encendió un cigarrillo. El asesino que mataba tan hábilmente, por lo que había sido apodado el Hombre Invisible, estaba a punto de caer en manos de la policía, pensó satisfecho.

Entonces, descubrirían a su cómplice y los problemas y temores de Maud desaparecerían definitivamente.

CAPITULO IX

La radio empezó a sonar repentinamente y Maud, asustada, salió corriendo del baño, poniéndose la bata apresuradamente. Entonces vio a la señora Tarrelton, aprestándose a hacer la limpieza del apartamento.

—Oh, señorita —exclamó la mujer—. Dispense, creí que habría salido...

Maud hizo un esfuerzo por sonreír.

—Iba a vestirme —contestó—. Pero siga, por favor, se lo ruego.

—Apagaré la radio —dijo Bessie.

—No, no se moleste. Yo marcho en seguida.

Maud regresó al baño, donde terminó de arreglarse, sumamente aliviada. No había sido más que un susto. La culpa, se dijo, era suya; debiera haber pensado en la mujer del conserje, quien subía aproximadamente a la misma hora para hacer la limpieza del apartamento.

Terminó de arreglarse, agarró el bolso de playa y se dirigió hacia la salida.

—Hasta la tarde, Bessie —se despidió.

—Procure disfrutar, señorita; la vida es muy corta —aconsejó Bessie. Repentinamente sobresaltada, Maud se volvió. Bessie llevó una mano a la boca.

—Me parece que he cometido una imprudencia —dijo, consternada—. Claro que también se trata de una frase hecha...

—Sí, es una frase hecha —convino Maud, sonriendo, pero rígida—. No se preocupe, Bessie; la lengua, a veces, nos juega malas pasadas.

—Eso es lo que me dice mi marido casi siempre. Hablo demasiado —contestó la mujer, con una sonrisa de circunstancias.

Maud hizo un gesto con la cabeza y salió. Cuando llegó al vestíbulo, se encontró a Hassel, charlando con Tarrelton. Hassel hizo un gesto con la mano.

—Celebro verla, señorita —saludó—. Ese color tostado la favorece muchísimo.

—Me gusta tomar el sol —respondió la muchacha—. Buenos días, sargento. Joe...

El coche estaba aparcado frente al edificio. Maud se sentó frente al volante y dio el contacto.

* * *

El hombre examinó con toda atención el billete de cien dólares y luego fijó la vista en el individuo que se lo había dado.

—Happo, cuidado —dijo—. Ese billete quema. Happo Warren entornó los ojos.

—¿Sí, Zack?

—Procede del robo al furgón blindado de la Wallabee Express. Los asaltantes se llevaron ocho mil billetes, todos de a cien. Tengo una lista con

los números de serie, si quieres comprobarlo...

Warren emitió una risa baja y amarga.

—He estado trabajando por nada —declaró.

—Hombre, tanto como por nada... —dijo el otro—. No es mucho, pero es un asunto muy arriesgado... Si quieres puedo darte diez dólares por billete. Voy a tenerlos mucho tiempo guardados y eso comporta siempre peligro, Happo.

Warren, el asesino profesional, hizo un gesto negativo.

—Alguien me ha pagado con un dinero que no tiene más que la décima parte de su valor. Prefiero incluso perder los diez dólares por billete, a cambio de la satisfacción de vérselos comer uno a uno.

Agarró el billete que había llevado de muestra y, sacando el encendedor, le prendió fuego.

—Sólo traje éste y no quiero que me ocurra algo y me lo encuentren encima —explicó así los motivos de su actitud.

El cambista se quedó solo. Compadeció al hombre que había entregado aquellos billetes a Happo Warren.

* * *

Maud salió del agua y echó las manos al pelo, para escurrírselo. La piel dorada contrastaba atractivamente con el color blanco del traje de baño, de dos piezas y escaso tejido. Se inclinó a un lado, retorció con ambas manos la frondosa cabellera y luego caminó hacia el grupo de rocas, junto al cual había dejado su equipo.

Entonces vio al hombre sentado a la sombra, Avanzó hacia él y sonrió hechiceramente.

—No se me había ocurrido ni por un momento que pudiera estar aquí —dijo la muchacha.

—La llamé a casa y la señora Tarrelton me dijo que había venido a la playa —contestó Corbett—. Entonces, decidí mandar el trabajo al diablo y me vine aquí. He traído algo interesante, Maud.

—¿De veras?

Corbett sonrió, mientras abría la bolsa que tenía a su lado. Maud vio una pequeña nevera portátil y otra bolsa hermética con bocadillos.

—Usted no piensa en comer y esto es muy interesante —dijo él—. ¿Qué prefiere mejor, cerveza o limonada? Hay para elegir.

—El día es especialmente agradable para la cerveza —contestó la muchacha—. Ha adivinado mis pensamientos; empezaba a tener apetito.

Se dejó caer de rodillas sobre la arena y se sentó en los talones. Corbett le entregó un bocadillo y una lata de cerveza, ya abierta.

—Hay vasos... —empezó a decir, pero se calló al ver que Maud llevaba la lata directamente a la boca.

Comieron con buen apetito. Luego, Maud se tendió boca arriba en la arena

y cruzó las manos sobre la cabeza.

—Si se pudieran conceder medallas a las personas que socorren a los hambrientos, yo le daría a usted la de oro, Alex —dijo jovialmente.

—Se lo agradezco, pero no se merece. Me bastó deducir las condiciones en que se encontraba.

—Se nota que es policía, Alex.

—Resulta difícil de olvidar. A veces, uno actúa por instinto... Por ejemplo, me dicen que usted ha salido a la playa y yo pienso: «Esa chica se habrá ido con las manos vacías.» Entonces, preparo lo necesario y...

—Se toma también unas horas de descanso.

—¿No cree que lo merezco?

—Por supuesto. Sobre todo, estos días de tanto trabajo.

—Sí. Hay trabajo... y noticias. Crane ha sido asesinado.

Maud se sentó bruscamente y giró el cuerpo, para situarse frente a Corbett.

—Entonces, el comunicante anónimo decía la verdad, como las otras veces —exclamó.

—Efectivamente. Pero todavía hay más. Hemos podido averiguar quién es el asesino.

—¿Lo han detenido?

—Aún no. Es preciso identificarlo de una manera positiva. Mañana o pasado tendremos sus huellas dactilares.

—Entonces... está en la ciudad.

—Vive en South Hill Tower, Maud —dijo Corbett gravemente.

* * *

Cuando el coche se detuvo frente al edificio, Hassel salió al encuentro de su único ocupante y le enseñó la placa.

—¿Señor Webster? —dijo—. Soy el sargento Hassel, de la Brigada de Homicidios. Deseo hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, sargento —contestó el interpelado—. ¿De .qué se trata?

—¿Puede decirme dónde ha pasado el día de hoy?

—He estado pescando —dijo Webster—. Venga, sargento.

Webster fue a la zaga del coche y levantó la tapa del maletero. Hassel contempló los trebejos de pesca y luego volvió la vista hacia el sujeto.

—No ha tenido suerte —comentó.

—Los peces no muestran siempre demasiados deseos de cooperar. —Webster se quitó un instante el sombrero, para rascarse la nuca, que Hassel vio abundantemente poblada—. En fin, son cosas que suceden a los aficionados, sargento —añadió con una tímida sonrisa.

—Sí, suele pasar a veces. ¿Estuvo en su casa toda la noche? Usted, tengo entendido, reside en el apartamento 7-C.

—Pues... sí, he estado en casa toda la noche, pero si sospechan de mí por algo malo que haya podido suceder, tengo la impresión de que va a resultarme

difícil probarlo.

—Esta mañana, si salió temprano, le vería alguno de los conserjes, Tarrelton o Speller. Webster volvió a sonreír.

—Speller estaba regando el jardín que hay delante del edificio, como todas las mañanas. Yo bajé directamente al garaje subterráneo. Aunque dispone de puerta, estaba abierta. Alguien había salido antes que yo y se olvidó de cerrarla.

Hassel decidió que estaba ante un sujeto sumamente escurridizo. Sin pruebas, no podía pedirle ni siquiera que le acompañara a Jefatura para tomar las huellas dactilares, deberían esperar el envío de Kansas City, decidió finalmente.

Tarrelton salió del edificio en aquel momento.

—Llevaré su coche al garaje, señor Webster —se ofreció cortésmente.

—Muchas gracias, Joe. ¿Algo más sargento?

—Gracias, eso es todo —respondió Hassel. Había perdido el día, se dijo, frustrado, mientras caminaba hacia su automóvil.

* * *

—Por alguna razón que desconozco, el asesino no actúa contra usted —dijo Corbett—. Simplemente, se limita a eliminar a los individuos que intervinieron en el atraco.

—Pero yo recibo amenazas, anónimos... Casi me he vuelto loca de miedo...

—Para mí eso tiene una fácil respuesta, Maud.

—Dígalo, Alex —pidió la muchacha.

—Simplemente, quieren echarla del piso.

—¿A mí? —se asombró ella—. ¿Por qué?

—Hay algo en lo que no nos hemos fijado todavía —respondió Corbett. Hizo una mueca amarga—. Los policías nos equivocamos demasiadas veces —añadió.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Su apartamento. ¿Quién lo ocupó antes?

—No lo sé. Yo no quería vivir en mi casa, que vendí, incluso, para resistir la tentación de volver allí algún día. Entonces, al poco tiempo de salir de..., bien, de la clínica psiquiátrica, vi de lejos la casa, situada en un lugar que me gustó muchísimo. Tiene cierto aislamiento, ya que sólo hay viviendas de uno y dos pisos en los alrededores y muy espaciadas, está en alto, a más de doscientos metros del nivel del mar... y el apartamento que ocupo estaba desalquilado.

—Fue a visitarlo antes de formalizar el contrato.

—Por supuesto, pero la operación fue realizada con el administrador del edificio. Si quiere, le daré su nombre y dirección... Yo no me preocupé del inquilino anterior, si es que lo hubo.

—Resultará interesante hablar con él —admitió Corbett pensativamente—.

Sin embargo, repito que no debe de temer al asesino. Es un hombre al que le pagan por matar. A ellos, puesto que hemos de calcular que son dos, el autor de los anónimos y su cómplice, sólo les interesa que usted se marche del apartamento.

—Pero ¿por qué?

—Cuando sepamos quién lo ocupó antes que usted, tendremos la respuesta —dijo el joven.

—Esta noche no voy a pegar ojo —se lamentó Maud.

—Llame a la señora Tarrelton para que le haga compañía.

—No, prefiero dormir sola. Cerraré bien la puerta y... y pondré cosas en la terraza que hagan ruido cuando se caigan. La puerta corredera es grande, de cristal muy grueso, y aunque la rompiera el asesino, haría demasiado ruido, cosa que no le conviene. Si hubiese de atacarme, lo haría en silencio.

—Muy bien —dijo Corbett—, pero antes de que se quede sola, me permitirá inspeccionar el apartamento.

—Por supuesto.

Cuando llegaron a la carretera, ella se sorprendió de no ver sino su coche.

—¿Dónde está el suyo? —preguntó, intrigada.

—Vine en taxi —contestó él. Llevaba las dos bolsas en las manos y las dejó sobre el asiento posterior—. ¿Qué le ha parecido el final del día?

—Encantador —sonrió la muchacha.

Mientras ella daba al contacto, Corbett se tocó el hombro izquierdo.

—Tendré que darme mucha crema esta noche —dijo—. Tengo la piel ardiendo...

—Debe tomar más el sol, Alex. Está encerrado demasiado tiempo y eso no es bueno.

—Hay que trabajar para vivir, Maud.

Media hora más tarde, entraban en el apartamento. Corbett empezó a revisarlo todo con gran detenimiento. De repente, notó algo que atrajo su atención.

—¡Caramba, vaya empapelado! —exclamó.

—Sí —reconoció ella—. Es un papel muy grueso. Pero, por lo visto, es moda y a mí no me disgusta. Quizá un día lo mande cambiar. Aunque, por ahora, repito me resulta agradable. —De pronto, Maud miró al joven y sonrió —. Tengo un frigorífico bastante bien provisto —añadió—. ¿Por qué no se queda a cenar conmigo?

—No me atrevía a pedírselo —contestó él.

—Oh, qué hombre más tímido... No le voy a servir veneno, puedo jurarlo. De pronto, Maud se puso seria.

—A ver si encuentro un anónimo en la nevera...

Pero no, no había ningún anónimo y ello convirtió la cena en la más alegre velada de que ninguno de los dos había disfrutado en mucho tiempo.

CAPITULO X

El señor Webster levantó el teléfono interior y presionó la tecla de contacto. A los pocos segundos se oyó la voz del conserje:

—Tarrelton. ¿Diga, señor?

—Joe, ¿puede subir a mi casa, por favor?

—En seguida, señor. ¿Se trata de algo que sea preciso reparar? Subiría la caja de herramientas, en tal caso.

—No, no; simplemente quiero tener unos minutos de charla con usted — respondió Webster.

—Bien, señor; al momento.

Tarrelton dejó el teléfono en la horquilla y se volvió hacia su esposa.

—¿Te imaginas qué quiere Webster? —preguntó.

—Sí —contestó Bessie.

—Iremos los dos. Creo que es conveniente.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Podrías llevar una bolsa con... útiles de limpieza.

—Muy bien, Joe. Me pregunto cómo lo habrá sabido.

—Fácil, querida.

Tarrelton se lo explicó. Bessie hizo un gesto de aprobación.

—No cabe la menor duda —concordó. Y luego añadió—. Es una lástima que tengamos que prescindir de él.

—¿Por qué? Ya ha hecho la tarea. No nos sirve absolutamente para nada —declaró Tarrelton calmosamente.

Mientras hablaba, preparaba algo que iba a necesitar dentro de muy poco. Su mujer, por otra parte, estaba cambiándose el vestido por la bata de faena. A continuación se puso un pañuelo sobre la cabeza, con las puntas hacia adelante.

—¿Listos, Joe?

—Sí, querida.

En el momento de salir, Tarrelton detuvo con una mano a su mujer.

—Esta noche podríamos hacer otra sesión...

—¿Por qué no? —sonrió ella—. Es preciso acelerar el fin; ya no podemos esperar mucho más.

El conserje sonrió ligeramente y abrió la puerta. Momentos después, se detenían ante la señalada con el número 7 y la letra C.

Tarrelton llamó. Webster, vestido con una bata y pañuelo de seda al cuello, abrió a los pocos segundos. El inquilino se mostró sorprendido de ver a Tarrelton acompañado de su esposa, la cual llevaba en la mano una escoba y una bolsa de lona que, indudablemente, contenía útiles de limpieza.

Webster mostró cierta extrañeza. Tarrelton se apresuró a dar explicaciones.

—Me he encontrado a mi esposa cuando llegaba a este rellano, señor Webster —dijo el conserje—. Quizá necesite que le haga alguna tarea...

El inquilino sonrió.

—Bien mirado, casi es preferible que hayan venido los dos. Pasen, por favor.

Los Tarrelton cruzaron el umbral. Webster cerró la puerta y se volvió hacia ellos. Ya tenía en la mano una pistola. Joe apreció el tubo del silenciador.

—Lo ha adivinado —sonrió.

—Se necesitaría ser tonto para no conocer la verdad —contestó el inquilino—. Usted oyó claramente cómo le decía al sargento Hassel que yo había salido de pesca muy temprano. Sabía perfectamente que me marché ayer, a media mañana. Después de que yo entré en el edificio, usted podría haberle dicho al sargento que mis respuestas eran falsas. Hassel me habría detenido inmediatamente... y no es así.

—No nos convenía —replicó Tarrelton escuetamente.

—Joe, no sé quién es usted ni me importa en absoluto —continuó Webster —. Me imagino que debe de ser un tipo con relaciones y conocimientos, por lo cual llegó al conocimiento de mi verdadera personalidad. Entonces fue cuando decidió emplearme para eliminar a tres... estorbos.

—Exactamente.

—No le habría dicho yo nada, si no fuese por una poderosa razón. En los tratos con los clientes, siempre cumplo lo pactado. Olvido los nombres en el acto, apenas concluido el trabajo. Pero nunca tolero que me engañen.

—Es lógico —admitió Tarrelton—. ¿Y bien?

Webster miró un instante a Bessie, que permanecía a un lado, silenciosa, inmóvil, con una escoba en una mano y la bolsa en la otra.

—Usted me pagó con unos billetes que no tienen ningún valor —declaró el asesino—. Esos billetes proceden del asalto a un furgón blindado y toda la numeración estaba tomada previamente. Teóricamente, yo debía de haber ganado quince mil dólares con los tres contratos, pero, suponiendo que me arriesgase a vender todo el dinero, me darían apenas mil quinientos dólares. Yo no trabajo por fruslerías, créanme.

—¿Entonces...?

—Entonces les diré que... Es una lástima, porque voy a tener que marcharme de aquí. Es una población muy bonita, la casa me gusta..., pero no puedo quedarme.

La mano de Webster empezó a moverse hacia arriba. En el mismo instante, el palo de la escoba golpeó su muñeca.

—¡Dale, Joe! —rugió la mujer.

Webster, desarmado, miró incrédulo a la pareja. La pistola había caído al suelo, pero Tarrelton no le dio tiempo de agacharse a recogerla. Ya tenía en la mano otra pistola, extraída de la bolsa de limpieza.

El arma disparó una vez, sin ruido, porque tenía silenciador. Webster se tambaleó, con los ojos desorbitados, llenos de pánico. A través de la niebla roja que ya cubría sus retinas, vio la demoníaca sonrisa de Tarrelton, que ahora, con toda tranquilidad, apuntaba a su frente.

Luego sintió un golpe seco, un poco más arriba del entrecejo.

—Hay que actuar aprisa, para evitar las manchas de sangre en lo posible —dijo la señora Tarrelton fríamente.

—No te preocupes, querida.

—Y queda en pie el problema de deshacerse del cadáver.

—Lo bajaremos luego al garaje. En el maletero puede aguardar veinticuatro horas.

Mañana por la noche, lo llevaremos a algún sitio alejado de la ciudad.

—Está bien, empecemos ya —dijo Bessie, impaciente.

* * *

El teléfono sonó bruscamente en el silencio de la noche, haciendo que Maud diese un salto en la cama. Sin encender la luz, escuchó con toda atención.

Un timbrazo, dos, tres, cuatro... Luego volvió el silencio. Mentalmente contó hasta treinta. Entonces, el teléfono sonó de nuevo.

Maud alargó el brazo una vez, pero lo retiró casi en el acto. No, no podía ser Corbett. ¿Para qué iba a llamarle el teniente a las...?

Encendió la luz, para ver la hora en el reloj de sobremesa. Las dos y media de la madrugada. No, a esa hora, Corbett no tenía nada que decirle.

Apagó la luz. El estridor del timbre telefónico se apagó a los pocos momentos.

Pero, al mismo tiempo, pensó que quizá el autor de los anónimos podría aprestarse a cumplir su amenaza. Tras unos segundos de vacilación, encendió la luz nuevamente, se puso la bata y las zapatillas y fue a la sala.

La gran puerta corredera estaba cerrada con el pestillo, que no se podía abrir desde el exterior. El cristal podía ser roto, pero estimó que el sujeto no querría arriesgarse a hacer ruido

Aun así, dispuso un par de jarrones, de modo que pudiera alcanzarlos sin dificultad, caso de tener que defenderse. Eran grandes, pesados; podían dar resultado como armas defensivas.

Luego fue a la puerta del apartamento y comprobó la cerradura y la cadena de seguridad. Finalmente, hizo lo mismo con la puerta de servicio. Para mayor seguridad en ésta, que no disponía de cadena, puso una silla con el respaldo bajo el pomo. Buscó una jarra. Si oía ruido, la llenaría de agua casi hirviendo. Antes de que el atacante violentase aquella puerta, ella tendría tiempo de disponer de agua a 70 °C. Dos litros de líquido, a tan elevada temperatura y en plena cara, podrían derrotar al atacante. Aun así, buscó el rodillo de amasar. No lo utilizaba nunca, pero formaba parte del equipo de utensilios de cocina.

Entonces sonó la radio. Maud se echó a reír.

Ya no tenía miedo. Sabía que alguien había preparado aquella serie de trampas para debilitar su ánimo. Que sonase todo lo que quisiera, se dijo.

Incluso se permitió el lujo de marcarse unos cuantos pasos de baile.

Un cuarto de hora más tarde, la radio se apagó. Entonces se oyeron los pasos en el techo.

Maud encendió un cigarrillo. Fumó tranquilamente, hasta que el sonido se extinguió por completo.

Casi inmediatamente, sonó el teléfono. Maud aguardó a que se produjera la contraseña y cuando se repitió la llamada, levantó el aparato.

—Aquí el infierno —dijo con voz clara y bien modulada—. ¿Desea habitación individual o sala colectiva? ¿Baño de llamas de petróleo o asfalto hirviendo? ¿Prefiere las habitaciones con camas de pinchos de hierro al rojo vivo? Podemos satisfacer todos sus caprichos; en el infierno, no carecemos de nada a fin de complacer al cliente más exigente. ¿Le gusta más la caldera de aceite hirviendo?

Al otro lado de la línea, sonó un rugido de rabia. Maud contestó con una rotunda carcajada y colgó el teléfono.

Pero luego se sintió muy preocupada.

Debería haber pedido a Corbett un arma. Con un revólver en la mano, habría metido el miedo en el cuerpo a aquel repugnante individuo.

Volvió a su habitación. Sentada en la cama, con un nuevo cigarrillo, meditó durante un largo rato. Presentía que la cosa iba ahora en serio; el desenlace no se podía hacer esperar por mucho tiempo.

¿Se produciría antes de que amaneciese?

Al cabo de una media hora, empezó a sentir sueño nuevamente. Entonces, percibió un ligero ruidito.

Inmediatamente, se despabiló. Escuchó con atención. Sí, alguien quería entrar en la casa.

Pisando de puntillas se acercó a la cocina, el pomo de la puerta se movía ligeramente. Sin vacilar, abrió el grifo del agua caliente. Con el rabillo del ojo vio que la puerta ya -estaba abierta. La silla, sin embargo, seguía siendo un obstáculo. Pero el intruso seguía empujando.

Centímetro a centímetro, la silla retrocedió. Una mano asomó cuando la puerta tenía ya una rendija de medio palmo.

En aquel instante, Maud, junto a la puerta, por el lado de las bisagras, volcó la jarra de agua caliente. Fuera se oyó un rugido de dolor. La mano se retiró inmediatamente.

Sonaron pasos muy rápidos. El intruso huía a la carrera. Maud no se quiso arriesgar; el apartamento era su mejor protección. Fuera de él, por lo menos durante las horas nocturnas, estaba perdida.

Volvió a cerrar la puerta y colocó la silla en la misma posición. Para refuerzo, no como medida de seguridad estricta, sino como señal de alarma, colocó un gran jarrón lleno de agua. El equilibrio del jarrón era muy precario. Se caería al menor empujón. Haría mucho ruido y ello era lo que más le interesaba.

La jarra quedó nuevamente bajo el grifo del agua caliente. A sesenta

grados, no habría representado una caricia precisamente.

Con gran asombro por su parte, se sentía muy tranquila. Pronto encontró la respuesta.

—Había superado sus temores.

Todo lo que le había sucedido tenía una explicación lógica. No habían sido invenciones de su mente. Había visto la mano de alguien que quería entrar en el apartamento. Por tanto, se trataba de sucesos reales, que sus sentidos habían percibido con absoluta claridad.

Extraña, pero satisfactoriamente relajada, consiguió dormirse de nuevo sin dificultad y en muy pocos minutos.

CAPITULO XI

Grantlane Woolson era el administrador de la South Hill Tower y escuchó cortésmente la petición de su visitante.

—¿El anterior inquilino? —repitió—. Bien, era un hombre muy atento, discreto... Se llamaba John Frank Karpstein, pero abandonó el apartamento hace ya algunos meses.

—¿Cuándo exactamente, señor Woolson? —preguntó Corbett.

—Oh... Aguarde un momento, por favor, teniente.

Woolson buscó un libro y lo abrió, para estudiar sus anotaciones. Al cabo de unos momentos, miró de nuevo al joven.

—El catorce de noviembre del año pasado —declaró.

—Ya hace algo más de ocho meses —murmuró Corbett—. De modo que se marchó...

—En efecto, aunque no puedo facilitarle su dirección. No dijo dónde se iba.

—¿Se lo comunicó a usted?

—No. Fue el conserje, Joe Tarrelton, el que me informó de la marcha de Karpstein. Me extrañó un poco, porque había dado muestras de sentirse muy a gusto en el apartamento. Incluso lo había empapelado de nuevo, y eso que la decoración no tenía ni un año de antigüedad.

Corbett enarcó las cejas.

—¿Empapelar?

—Sí, como lo oye. Y lo más curioso de todo, fue que él mismo se lo hizo. Aunque tengo entendido que Joe Tarrelton le ayudó en algunas ocasiones. Cuando hablé con el conserje, me dijo que Karpstein era un sujeto muy mañoso.

Corbett entrecerró los ojos. ¿Por qué empapelar un apartamento que llevaba menos de un año construido? Claro que el papel que había antes podía no gustarle...

Pero en alguna parte había ochocientos mil dólares escondidos y nadie sabía dónde estaban. El papel de la decoración, se preguntó, ¿no podía esconder debajo billetes robados?

Suponiendo que Karpstein fuese uno de los miembros de la banda. De pronto, obedeciendo a una súbita inspiración, sacó unas cuantas fotografías.

Pertenecían a los sospechosos. Tres habían muerto ya. Otros tantos habían desaparecido y nadie tenía la menor idea del lugar en donde podían encontrarse.

—Quiero que vea estas fotografías, señor Woolson —dijo.

La primera que enseñó fue la correspondiente a Cairo Smith, otro de los sospechosos. Woolson estudió la imagen con silenciosa atención. De cuando en cuando, retiraba la fotografía, estirando los brazos, para captar mejor los detalles de la fisonomía del sujeto.

—Me parece conocido —dijo Woolson al cabo—. Pero, sin embargo, no consigo localizar...

—¿Qué aspecto tenía Karpstein?

—Bien, era un hombre muy correcto, sumamente discreto... Usaba grandes gafas y bigote muy poblado...

La fotografía ofrecía la imagen de un hombre con la cara completamente rasurada. Corbett sacó una pluma y pintó unas gafas sobre los ojos del sujeto.

—¿Cómo era el bigote? —preguntó.

—Grande, llenaba todo el labio superior y caía un poco por las comisuras.

Corbett dibujó el bigote según las indicaciones de su interlocutor. Al entregarle la fotografía retocada, Woolson lanzó una exclamación:

—¡El, es él!

El teniente sonrió.

—De modo que Cairo Smith, alias John Frank Karpstein, se despidió sin dejar su nueva dirección.

—En efecto, así sucedió.

—Y a usted se lo comunicó el conserje. Woolson asintió.

—Bien, tengo que pedirle un último favor —manifestó Corbett—. Dígame, ¿dónde podría encontrar un plano del edificio?

—Oh, yo puedo facilitárselo, teniente. Tengo una copia guardada, para el caso de que surja alguna reclamación por parte de un inquilino.

—Se lo devolveré en cuanto me sea posible, —prometió Corbett.

Hassel aguardaba en la calle, sentado tras el volante del coche. Vio a Corbett con un rollo de papeles en la mano y adivinó que el teniente había conseguido algo positivo.

—El inquilino anterior del piso que ocupa Maud era Cairo Smith —dijo el joven, apenas se sentó junto a Hassel.

—¿Dónde está?

—Desaparecido. Se marchó misteriosamente. Pero apostaría doble contra sencillo que el dinero está en el apartamento.

Hassel silbó.

—Eso explicaría muchas cosas, teniente.

—Sí, en efecto. Prácticamente, lo explicaría todo.

—¿Incluso la desaparición de Smith?

—Eso ya no lo puedo asegurar. Antes tengo que examinar a conciencia el plano del apartamento de Maud.

La voz de la operadora de radio sonó en aquel momento.

—Cisne Dos, conteste. Cisne Dos, conteste...

Corbett descolgó el micrófono.

—Cisne Dos al habla. Escucho, Central.

—Acaban de llegar las huellas de Happo Warren. También hay una fotografía...

—Muy bien, gracias Central.

El micrófono volvió a su sitio. Corbett se recostó en el asiento.

—Vamos a mi despacho, Hassel —ordenó.

—Sí, señor.

* * *

Maud se cruzó en el rellano con Bessie, que se dirigía a limpiar el apartamento. Las dos mujeres se saludaron cortésmente. A Maud le pareció que Bessie tenía los ojos un tanto encarnados. Habría llorado, tal vez, o quizá pasado una mala noche. Le preguntó por su estado de salud y Bessie contestó amablemente que se encontraba bien.

La joven entró en el ascensor. Cuando la puerta se deslizaba, vio a Bessie que miraba hacia ella. De repente, sin saber por qué, le pareció que había visto a Bessie mucho antes de residir en el apartamento.

Pero tenía otras preocupaciones y olvidó el detalle casi en el acto. Minutos después, se hallaba en el vestíbulo.

Sorprendida, vio a Speller en lugar de Tarrelton. No era corriente que el otro conserje estuviera durante el día en aquel lugar.

—¡Buenos días, señorita Maud! —Saludó el conserje—. Se va a la playa, imagino.

La muchacha llevaba puesto un sencillo vestido de flores con dos hombreras que no eran sino delgadas tiras del mismo tejido, lo que dejaba al descubierto los hombros y la espalda. Pendiente de una correa, llevaba el bolso de rafia.

—Sí, hay que aprovechar el verano, antes de que se acabe —sonrió Maud. Entregó unas llaves al conserje—. Per favor, ¿quiere sacar mi coche, Marty?

—No faltaría más, señorita.

Speller abandonó el mostrador. Entonces, Maud hizo un gesto con la mano.

—Por favor, Marty... ¿Le sucede algo a Joe?

—Me pidió que ocupase su puesto por unas horas. No se encuentra muy bien, creo — respondió Speller.

—¿Acaso ha discutido con su mujer?

—En todo caso, ha llevado la peor parte. He visto su mano izquierda vendada —dijo el conserje con una risita.

Maud salió lentamente a la explanada. La mano izquierda vendada...

Como si sucediese en aquel momento, volvió a ver la mano que intentaba retirar la silla que bloqueaba el paso. Era una mano izquierda y ella la había regado con dos litros de agua a setenta grados.

Speller llegó a los pocos momentos con el coche.

—Que pase un buen día, señorita —deseó.

—Gracias, Marty.

Pero en lugar de dirigirse a la playa, Maud se encaminó a la Central de Policía.

Ahora empezaba a ver claro. Muchas cosas que le habían sucedido, sino

todas, tenían ya su explicación.

* * *

El plano del apartamento estaba sobre la mesa extendido. Los dos hombres lo contemplaban con suma atención.

—Aquí no parece que haya un escondite secreto, señor —observó Hassel después de un buen rato.

El índice de Corbett se paseó por las líneas que delimitaban las distintas piezas del apartamento.

—De todas formas —dijo—, me gustaría examinar la vivienda con el plano en las manos. Fíjese en el salón; es muy grande y, frente a la terraza, tiene una pared lisa de casi diez metros de largo. Suficiente para ocultar el dinero bajo el nuevo empapelado, ¿no le parece?

Hassel buscó papel y lápiz y empezó a hacer cálculos. Al cabo de un rato, dio el resultado.

—En un metro cuadrado, aproximadamente, caben ciento veinte billetes de cien. Ahora bien, este lienzo de pared tiene, aproximadamente también, unos treinta metros cuadrados. Entonces, tendríamos tres mil seiscientos billetes, lo que da un total de trescientos mil dólares. Falta todavía mucho dinero, señor.

—Sí, pero imagínese que los billetes se disponen en dos capas. El grosor resultante no se haría sospechoso y tendríamos doble cantidad de dinero. Incluso se pueden poner tres capas de billetes, lo que da trescientos sesenta por metro cuadrado. Entonces, sobraría espacio, ¿no cree?

—Ciertamente, señor.

—Yo he advertido un grosor inusual en el empapelado, Claro que hay papeles de decoración, tipo terciopelo... Pero después de lo que sabemos, parece lógico que un tipo como Cairo Smith pensara que era la mejor solución para ocultar el botín.

—Y luego se marchó, sin dejar rastró.

—O lo asesinaron, Hassel. Hubo un instante de silencio.

—¿Quién, señor? —preguntó el sargento.

—Suponiendo que Smith haya muerto, ya sólo quedan dos de los miembros de la banda: Roger Bym y la mujer. Es preciso contar los tres que han sido asesinados por el Hombre Invisible. Y muy bien pudiera suceder que Bym y Rosalind Barnes hubieran decidido que el dinero debe quedar exclusivamente para ellos dos.

—No tendría nada de extraño —convino el sargento—. Esos sujetos son así, desleales incluso con los suyos. Un día, Bym y la Barnes saldrán a la luz, con ochocientos mil dólares, que venderán con un descuento de un sesenta por ciento o más, pero, aun así, les quedará el beneficio de trescientos mil. Esa es ya una suma respetable para una pareja; pero, dividida entre seis, ya no resulta tan productivo.

Corbett asintió. Las palabras de Hassel eran enteramente lógicas.

—De todos modos —dijo—, iremos al apartamento de Maud, con el plano, y lo revisaremos a fondo. Sólo de esta forma podremos salir de dudas.

—Convendría también que tomásemos las huellas de Webster. A pesar de lo que dijo, ese tipo no acaba de gustarme.

—Tendríamos que idear algo para tomárselas sin que se diese cuenta. Oficialmente, no podemos hacerlo...

En aquel momento, llamaron a la puerta. Un policía asomó la cabeza.

—Teniente, la señorita Colman desea verle. Dice que es muy urgente —anunció.

* * *

Corbett se sintió muy preocupado al escuchar el relato de la joven.

—Dice que el autor de los anónimos quiso entrar en el apartamento.

—Sí, Alex. Esta vez, sin embargo, no me dejé impresionar.

—Chica valiente —sonrió él—. De modo que le arrojó una jarra con agua casi hirviendo...

—Salió disparado como alma que lleva el diablo, pero no quise arriesgarme a asomar fuera del apartamento. Podía estar también su cómplice... Recuerde que hemos acordado que ese hombre tiene un cómplice.

—Sí, es cierto.

—Pero no sé quién puede ayudar a Tarrelton, Alex. Corbett y Hassel respingaron.

—¡Tarrelton! —dijeron casi al unísono.

—Si —insistió la muchacha—. ¿Quién sino él dispone de todas las llaves del edificio? ¿Hay otro que pueda llegar a la caja de distribución de teléfonos y hacer una derivación, que luego quita cuando le conviene? ¿Quién, sino Joe, pudo cortar el teléfono desde la caja de distribución?

Corbett asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Es lo más lógico que he oído en mucho tiempo —contestó—. Y él también es el que ha hecho funcionar la radio...

Se volvió hacia Hassel.

—Los informes que tenemos de Roger Bym mencionan su habilidad en las comunicaciones por radio —dijo.

—Cierto, señor —convino el sargento—, Pero, entonces, ¿quién es su cómplice?

—¿No está casado?

—¿Quiere decir que su esposa es Rosalind Barnes? ¡Pero si no se parece en absoluto a la fotografía que tenemos!

Maud levantó una mano.

—Por favor, déjenme ver esa fotografía nuevamente —pidió.

Corbett abrió el cajón central de su mesa y sacó la fotografía de Rosalind. Maud la tomó y fijó la vista en la cartulina durante largos segundos.

—Me parece que... Alex, aquí aparece muy maquillada.

—Sí, lo estaba cuando tomaron la fotografía —admitió Corbett.

De pronto, Maud buscó una pluma y empezó a dibujar algo sobre la cartulina. Con gran asombro, Corbett y el sargento vieron el pañuelo con picos que aparecía en la fotografía, después de lo que había hecho la joven.

Enormemente satisfecha, Maud arrojó la pluma sobre la mesa.

—¡Ahí tienen a Rosalind Barnes! —exclamó.

—Es increíble —dijo Hassel.

—Se ha estado burlando de nosotros todo el tiempo...

—Ahora, aparece como una mujer de casi cincuenta años. No lleva sostén o, en todo caso, muy flojo, con lo que no se aprecia opulencia en su pecho —dijo Maud—. Siempre usa vestidos holgados y el pelo está teñido e, incluso, con algunas canas simuladas. Tampoco usa maquillaje y yo juraría que algunas de sus arrugas son asimismo simuladas. En tal caso, ¿cómo no pasar desapercibida?

Corbett buscó inmediatamente la fotografía de Bym. El sujeto aparecía con el rostro completamente rasurado. El pelo era negro, bastante frondoso. Tarrelton, recordó, tenía un bigote no demasiado poblado y el pelo, corto, más bien ralo, era de color rubio.

—Han sabido disfrazarse bien —murmuró.

—Lo que no entiendo es por qué no me han asesinado, limitándose a darme sustos de muerte —dijo la muchacha.

—Bueno, quizá no pensaban hacerlo de un modo inmediato. Trataban de que abandonara el apartamento, pero como se resiste, quizá decidan matarla.

—Ya lo intentaron cuando se descolgaba de la terraza por la cuerda —intervino Hassel.

—No, simplemente la cortaron para asustarla —contradijo Corbett—. Si hubieran querido asesinarla en aquel momento, no estaría aquí ahora, hablando con nosotros. Anoche sí lo intentaron, pero fallaron.

—Bien, señor, ahora ya sabemos quiénes son realmente Tarrelton y su esposa — exclamó Hassel—. ¿A qué esperamos para arrestarles?

Corbett levantó una mano.

—Sargento, en estos instantes se, nos plantean dos problemas. Además del que estamos discutiendo, tenemos entre manos el de Happo Warren. No me cabe la menor duda de que fueron los Tarrelton quienes le contrataron para asesinar a sus tres cómplices. Por tanto, hemos de averiguar quién de los inquilinos es Warren... y eso nos lo pueden decir solamente el conserje y su esposa.

—¿Su esposa? —dudó Maud.

—Bueno, lo que sea —sonrió el joven.

De pronto, Maud se fijó en el plano extendido sobre la mesa.

—Es de mi apartamento —exclamó al reconocerlo.

—Sí. Sospechamos que el dinero está allí, oculto bajo el empapelado.

Maud lanzó una exclamación de asombro. Luego, inclinándose, examinó el plano con más atención.

—Aquí falta algo —señaló con la mano—. Veo señalado un hueco en la pared, una especie de armario empotrado, pero sin puerta, una hornacina, con estantes para colgar algunos libros u objetos de adorno. Lo vi en el otro apartamento, cuando visité los dos, para elegir uno. En el mío, la pared situada frente a la terraza está completamente lisa.

Corbett y Hassel cambiaron una mirada. Maud tenía una mano en la frente, como si se concentrase en sus pensamientos.

—Y también sé quién es el asesino profesional —añadió—. Cuando recibí el primer anónimo, Joe me informó que su esposa había visto entrar a un desconocido, que le preguntó por un tal Webster. ¿Por qué habían de citar precisamente ese nombre y no otro cualquiera? —Meneó la cabeza—. Tengo la impresión de que el subconsciente les jugó una mala pasada. ¿No le parece, Alex?

Corbett hizo un gesto de asentimiento.

—Ahora ya no me cabe la menor duda —respondió—. Ya sabemos positivamente quiénes son Tarrelton y su esposa, y Sam Webster. —Miró fijamente a la muchacha—. Pero vamos a necesitar de tu colaboración para atraparlos —agregó.

—Estoy dispuesta, Alex —dijo Maud llanamente.

CAPITULO XII

A media tarde, Maud llegó al edificio y se encaminó directamente al ascensor. Speller, sentado en una silla tras el mostrador, dormitaba tranquilamente. Maud no le dijo nada y siguió su camino.

Entró en el apartamento con grandes precauciones. Un instintivo sentimiento de curiosidad le hizo tantear la pared situada frente a la terraza. Sí, el papel resultaba demasiado grueso.

Buscó el sitio correspondiente a la hornacina y tocó con los nudillos. Sonaba en parte a hueco. Allí, al otro lado, se dijo, había ochocientos mil dólares. Cairo Smith, de acuerdo con el resto de la banda, los había escondido en su apartamento, ayudado por los Tarrelton, quienes, después, lo habían eliminado. Sólo Dios sabría dónde podría encontrarse el cadáver, pensó.

Después de cambiarse de ropa, usó el teléfono interior. Bessie contestó en el acto.

—¿Señorita Maud?

—¿Pueden subir usted y su esposo? —Solicitó la muchacha—. Tengo que cambiar un mueble de sitio y necesito que me ayuden.

Bessie guardó silencio un instante. Maud se dio cuenta de las vacilaciones de la mujer.

—Por favor — rogó — Y a sé que su marido tiene una mano lisiada, pero podrá ayudarnos usando solamente la derecha.

—Está bien, señorita; ahora subimos.

Maud tocó con la mano un pequeño revólver que le había prestado Corbett. Sólo lo utilizaría en caso de extrema necesidad, se dijo.

Minutos después, sonaba el timbre de la puerta. Maud abrió. Tarrelton, con el brazo izquierdo en cabestrillo, apareció en el umbral, junto a su esposa.

—Entren, por favor.

La pareja dio unos pasos. Maud cerró y se volvió hacia ellos.

—Allí quiero colocar el diván —indicó. Caminó hasta la pared y señaló el punto donde debía estar situada la hornacina—. Pero antes de ponerlo, habrá que examinarlo a fondo. Es posible que encontremos en él una grabadora, que se conecta y desconecta mediante una señal de radio. Oiremos música, rumor de pasos...

Un ominoso silencio descendió bruscamente sobre la estancia. Maud se dio cuenta de que el hombre y la mujer que tenia frente a sí, «sabían» ya que ella conocía su secreto. Incluso era probable que lo hubieran sabido en el momento de recibir la llamada.

Y entonces, sin saber por qué, todo su valor desapareció y volvió a sentir miedo.

* * *

Tarrelton y Bessie cambiaron una mirada de inteligencia.

—Hemos hecho bien bloqueando los ascensores —dijo él.

—¿Has desconectado el teléfono? —preguntó la mujer.

—Por supuesto.

Tarrelton sonrió perversamente.

—Corbett no podrá llegar a tiempo —dijo.

—Ustedes no escaparán.

—Oh, sí. El montacargas está ya aquí y he anulado los mandos inferiores. Nos conducirá al sótano. Tenemos un coche y podremos escapar.

—¿Sin el dinero? —preguntó Maud, haciendo heroicos esfuerzos para dominar el pánico que la había acometido.

—No costará demasiado tiempo —respondió Tarrelton—. Bessie, hazle una demostración. Que lo vea antes de morir.

La mujer sonrió, no menos perversamente que su esposo. Sacó del bolsillo una afilada navaja, dio un rápido corte en el papel de la pared, un poco por encima de su cabeza y, cambiándose la navaja de mano, tiró fuertemente hacia sí y hacia abajo.

Una lluvia de billetes de Banco brotó inmediatamente de aquel lugar. Maud pudo observar que todos aquellos billetes estaban en una gruesa capa, diez o doce en cada pila sujeta hasta entonces por el empapelado. Pero al otro lado se observaba un trozo de pared extrañamente enlucido.

—Corbett no llegará a tiempo —repitió Tarrelton.

—Se irá sola al infierno —dijo Bessie burlonamente—. Lástima, hubo un tiempo en que yo apreciaba mucho a su padre.

—¿Por qué no se marchó inmediatamente? —Murmuró Tarrelton con ficticia tristeza— . Nos habríamos ahorrado todos muchos ratos amargos, muchos nervios...

Lentamente, empezó a avanzar hacia la muchacha. Bessie parecía disfrutar enormemente con la escena.

De súbito, el mismo terror hizo que Maud reaccionase con insólita violencia. Saltó hacia adelante, olvidada por completo de que tenía un revólver y, en el momento en que Tarrelton iba a sacar el suyo, le propinó un terrible empellón.

En los últimos tiempos, Maud se había recuperado por completo. El continuo ejercicio de la natación le había proporcionado una fuerza física nada desdeñable. Tarrelton resultó despedido hacia atrás con enorme violencia y chocó contra el trozo desnudo de la pared.

Se oyó el tremendo estrépito. La pared se derrumbó. Un espantoso hedor inundó en el acto la estancia. Con ojos horripilados, Maud contempló el cadáver descompuesto que había en la hornacina, sujeto a la misma por una cuerda atada a su cintura.

Tarrelton, caído en el suelo, hacía esfuerzos por levantarse. Su mano derecha estaba llena de sangre. Sin duda, adivinó Maud, se había cortado con el borde afilado de algún ladrillo roto por el impacto.

—¡Bessie! —Aulló el sujeto—. ¡Saca la pistola! ¡Mátala, mátala...!

El hedor de la corrupción era insoportable. Maud intentó sacar el revólver para defenderse, pero el martillo del percutor se enganchó en alguna parte. Inclinada sobre Tarrelton, Bessie forcejeaba por sacar la pistola. Maldiciendo obscenamente, pudo apreciar que su esposo tenía completamente abierta la palma de la mano.

—¡Me estoy desangrando! —chilló Tarrelton.

En aquel instante, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Maud, abre! —gritó Corbett.

—¡Haz saltar la cerradura, pronto! —contestó la muchacha a voz en cuello. La puerta crujió. Tarrelton logró ponerse al fin en pie.

—Vamos, Bessie, tenemos que escapar...

Ella había sacado ya la pistola, apuntó hacia la muchacha y apretó el gatillo, pero el tiro no salió. Bessie volvió a maldecir.

—¡El seguro, estúpida! —rugió Tarrelton.

Maud, aterrada, huyó a su dormitorio, en el que se encerró con doble vuelta de llave. Los golpes contra la puerta sonaban cada vez con más fuerza.

—Por la terraza —dijo Tarrelton—. Pasaremos al otro apartamento y escaparemos antes de que se den cuenta. Corre, Bessie, corre...

La pareja de criminales llegó a la terraza. Bessie se puso a horcajadas sobre el parapeto. Había una pequeña cornisa y podría caminar por ella para alcanzar la terraza del apartamento contiguo. Tarrelton la imitó en el acto.

Bessie puso los pies en la cornisa. Luego, paso a paso, avanzó lateralmente. Tarrelton se situó a su lado y quiso sujetarse al pretil. Entonces, sintió un agudísimo dolor en la mano herida.

El instinto le hizo soltarse una fracción de segundo, pero también le impulsó a agarrarse a algo más seguro: uno de los brazos de Bessie. Ella no pudo resistir el peso del hombre y sus dos manos soltaron el parapeto.

Dos horribles gritos sonaron, en el instante en que la puerta saltaba en astillas. Corbett, Hassel y algunos policías de uniforme irrumpieron en tromba. El joven pudo captar los chillidos que se alejaban velozmente hacia la explanada. Luego se oyó el espeluznante sonido de los cuerpos que se estrellaban contra el pavimento.

Hassel corrió hacia la terraza. Corbett buscó a la muchacha. Detrás de él, los policías empezaban a ponerse pañuelos en la nariz, asqueados por el hedor que se desprendía de la hornacina que, durante ocho meses, había sido sepultura de Cairo Smith.

Maud abrió la puerta. Vio a Corbett y se arrojó en sus brazos.

—Tuvimos que subir a pie —dijo él, acariciándole el cabello—. Pero ya no tienes nada que temer.

Ella respiró hondamente, liberada al fin de todo su miedo. Hassel regresó al centro de la sala.

—Están muertos —informó—. Si fue Tarrelton el autor de los anónimos, no hay duda de que no se ha ido solo al infierno.

Luego lanzó una mirada hacia la hornacina y arrugó el gesto.

—Horrible, horrible —murmuró—. Con su permiso, señor. Llamaré al forense.

—Está bien, Hassel. Maud, tienes que abandonar el apartamento. ¿Por qué no esperas abajo en mi coche? —sugirió Corbett.

Ella asintió. Corbett hizo que uno de los policías acompañase a la muchacha. Luego buscó una botella de whisky. Hassel le miraba asombrado, con el teléfono en la mano.

—No voy a beber, sargento —sonrió el joven. Mojó el pañuelo en el whisky y se lo puso ante la cara—. Aconsejo que los demás hagan lo mismo.

Fue una idea inmediatamente aceptada por todos los presentes.

* * *

Maud se doraba al sol en la playa, los ojos cerrados, sintiendo en la piel la caricia de la brisa marina y percibiendo como un rumor de paz el del suave oleaje. De pronto, notó que alguien se sentaba a su lado.

—He traído bocadillos y bebidas frescas —anunció Corbett. Maud se sentó en el suelo.

—Nunca me acuerdo de traer comida —dijo, sonriendo.

—Falta de costumbre —contestó él—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, ya empiezo a olvidarlo todo.

—Eso es estupendo. Ya no tendrás que oír música a destiempo ni llamadas amenazadoras, ni pasos sobre el techo...

—A pesar de todo, más de una vez recordaré que estuve viviendo con un cadáver durante ocho meses.

—El muerto no te molestó en absoluto. Fueron los vivos quienes pudieron haberte hecho daño —dijo Corbett sentenciosamente.

—Sí, tienes razón. ¿Apareció todo el botín?

—Faltaban algunos miles, que se encontraban en casa de Webster, partidos en dos mitades todos los billetes que se hallaron.

—¿Y Webster?

—Estaba en el maletero de su coche. Tarrelton, es decir, Bym, le pegó dos tiros. Probablemente no lo necesitaban ya... o Webster Warren se dio cuenta de que el dinero con el que le habían pagado resultaba inservible.

—Pero él no podía saber que eran los Tarrelton quienes le contrataron para asesinar.

—Webster era muy listo. Cuando volvió, después de haber matado, Crane, dijo que regresaba de pescar. Pero Tarrelton tenía que saber que se había marchado la mañana de la víspera Al callar ese dato, que contradecía sus declaraciones, adivinó la identidad del que le pagaba por matar. Seguramente se dio cuenta de que los billetes no le servían, quiso protestar o tal vez matar a los Tarrelton en desquite... y se encontró con la horma de su zapato.

—En resumen, ellos esperaban que pasara algún tiempo, para huir del país

con el dinero.

—Sí, pero viniste tú y alquilaste el apartamento. Debían de tener prisa en marcharse; sus compinches, sin duda, también les apremiaban para cobrar su parte. Tenían que abandonar el apartamento... y emplearon todos los trucos posibles, sin conseguir nada positivo.

Maud suspiró largamente.

—Con lo que me gustaba vivir allí —se lamentó.

—Bueno, ahora lo arreglarán a fondo... En todo caso, deja pasar una temporada. Yo puedo indicarte una casa donde vivirás muy bien. Quizá te guste tanto que no vuelvas a South Hill Tower.

Ella le miró intrigada.

—¿De quién es la casa? —preguntó.

—Mía —respondió él, a la vez que desenvolvía uno de los bocadillos para entregárselo a la muchacha—. No es tan grande como tu apartamento, ni tiene vistas tan bonitas, pero, vamos, tampoco es una choza.

—A un oficial de la policía no le convendría tener una chica soltera en su casa. Podrían pensar mal de él... Leda St. Vrain nos sacaría a relucir en su famoso programa...

—¿Por qué? Nadie tendría nada que objetar a que el teniente Corbett viviera en su casa junto a su esposa —contestó él con naturalidad.

Maud se sobresaltó.

—Eso parece una petición de matrimonio —dijo.

—Sí.

—¿Tengo que contestarte sin pensármelo? Corbett hizo una mueca.

—Bueno, pero no tardes mucho —repuso.

—Quizá alguien diga que te casas con una loca, Alex. —En todo caso, dirán que el loco soy yo.

—¿Loco?

Súbitamente, Corbett abrazó a la muchacha.

—Sí, por ti —exclamó con acento cargado de pasión. Maud sonrió dulcemente, a la vez que le acariciaba la mejilla.

—Entonces, voy a ver si consigo sanarte de esa locura —murmuró.

FIN